

Joan Manuel Gisbert
LOS ESPEJOS VENECIANOS

EDELVIVES



ÍNDICE

UNA HABITACION SOMBRIA	3
LA DESAPARICIÓN DE UN LEGAJO	6
¿UNA VENTANA HIPNÓTICA?	9
LA CARTA INACABADA	11
LA MALDICIÓN DEL ASTRÓLOGO	13
EL ROSTRO DE BEATRICE BALZANI.....	16
HUELLAS EN EL POLVO DE AÑOS.....	19
DESALOJO POR OSCURAS CAUSAS	22
VOLVER COMO UN EXTRAÑO.....	26
DE LOS ESPEJOS VENECIANOS	29
UNA ADVERTENCIA SUBRAYADA	32
MASCARADA NOCTURNA	35
VOCES EN LA NOCHE.....	38
MIRADAS AL PASADO	41
LA QUE NUNCA MURIÓ.....	44
EN EL TRASMUNDO	47
EL TEATRO CATÓPTRICO	49
EPÍLOGO.....	55
FIN.....	56

UNA HABITACION SOMBRÍA

El joven estudiante de letras Giovanni Conti llegó a Padua al atardecer de un domingo de marzo. Había hecho un largo y penoso viaje desde Nápoles, su ciudad natal, para asistir a un curso de documentación histórica impartido por el ilustre profesor Giacomo Amadio, maestro de cronistas y literatos.

Corría el año de 1792.

Giovanni bajó del traqueteante carruaje molido por los bandazos que había soportado durante la marcha. El polvo del largo camino cubría sus ropas y su cara. Los ojos le escocían. Anduvo unos primeros pasos con dificultad.

Pero estaba eufórico. Esperaba mucho de las semanas que se avecinaban. Aún no podía imaginar que sus días en aquella ciudad pronto iban a verse afectados por circunstancias que le llevarían a olvidar el motivo inicial de su viaje.

Aunque caminaba con el cuerpo entumecido, y la bolsa de equipaje se le hacía más pesada a cada paso, quiso contemplar cuanto antes la universidad. Preguntó por ella a unos hombres que estaban en el umbral de una taberna. Quedaba muy a mano. Muy pronto la tuvo delante.

Por ser día festivo, el edificio universitario estaba cerrado. Vio cómo el atardecer se adueñaba de su noble fachada, y, emocionado, pensó que allí transcurrirían sus jornadas hasta el verano.

Esperó a que la regia estampa se oscureciera tras las primeras sombras del ocaso. Luego, tomó de nuevo su equipaje y se orientó en busca de la hostería Veneciana. Tenía referencias de que, para los estudiantes llegados de otras ciudades, era el único lugar en Padua que ofrecía hospedaje a precio muy barato.

Estaba al final de una calleja. Más parecía un asilo o una cárcel que una hostería. Pero Giovanni no tenía posibilidad de elegir. En el zaguán había un mostrador destartado. Tras él, un hombre apilaba paños raídos y mal doblados. Al ver a Giovanni, le dijo:

—Me imagino a lo que vienes. Llegas tarde.

Un tanto perplejo, el joven estudiante explicó:

—Voy a seguir un curso en la universidad; necesito alojamiento.

—Aquí no lo encontrarás. La gente casi se sale por las ventanas de tan lleno como está.

—Aceptaría una habitación compartida. Con un rincón puedo apañarme.

—Ya hemos metido en todas partes más camas de las que caben. No entra ni una más.

Giovanni estaba desolado. Sus pocos recursos no le permitirían costearse un alojamiento más caro. Se le planteaba un problema difícil de resolver.

En aquel momento, alguien, desde dentro, llamó al hombre del mostrador. Éste, sin acabar la conversación, o dándola ya por terminada, desapareció tras una deshilachada cortina que colgaba al fondo.

Sin que Giovanni lo advirtiera, una mujer de edad, severamente vestida de oscuro, había presenciado la escena. Estaba sentada en un banco, lejos del mostrador. Sin hacer ruido, se puso en pie y se acercó al joven napolitano.

—Si lo que busca es una habitación donde alojarse —dijo ella con voz cautelosa, casi furtiva—, le ofrezco una mejor que la que pudiera haber encontrado aquí. No está muy lejos. Si quiere acompañarme, se la enseñaré. Es muy espaciosa y tranquila. No tengo más huéspedes.

Giovanni pensó que aquella proposición venía a enmendar su mala suerte. Pero enseguida le preocupó el precio del hospedaje ofrecido. Y se lo manifestó a la señora:

—Mis recursos son escasos. No sé si podré afrontar el alquiler.

—No se preocupe, joven, me hago cargo. No le resultará más caro de lo que pueda pagar. ¿Quiere venir a ver el sitio? A nada se comprometerá por ello.

—Sí, claro —respondió el joven, gratamente sorprendido—. Se lo agradezco mucho.

Recorrieron en silencio un complicado entramado de callejuelas. El lugar quedaba algo apartado, pero en Padua no había grandes distancias.

—Aquella es la casa —anunció la señora, indicando un edificio sombrío que parecía insignificante en comparación con otro al que estaba adosado.

Tras abrir la puerta y franquearle la entrada a Giovanni, la señora tomó un candil que ardía en el vestíbulo y condujo al joven a la planta superior, mientras explicaba:

—Nunca he tenido estudiantes. Hasta ahora mis huéspedes han sido siempre caballeros entrados en años. El último que ocupó la habitación era todo un erudito, un hombre culto y distinguido. Pasó muchos meses aquí. Y pensaba continuar algunos más, pero tuvo que irse inesperadamente por razones familiares. Por eso está desocupado el aposento. Véalo usted; es una oportunidad.

Hacia la mitad de un largo corredor había una puerta. La señora entró primero, y encendió un candelabro. Poco a poco, los dispersos muebles y objetos de la estancia fueron tomando forma.

Aparentaba, en efecto, una habitación muy espaciosa: incluso demasiado. El techo era muy alto y estaba ennegrecido por el humo de velas y lámparas. El ambiente general era triste y desangelado. Las escasas piezas del mobiliario, pobres y dispares, parecían perdidas y a la deriva en la inmensidad de la estancia. La cama tenía aspecto de ser muy poco confortable.

No obstante, se notaba que la señora se había esforzado en darle al conjunto un aspecto habitable. Sobre una mesa había una palangana y una jofaina llena de agua, acompañadas de un paño de lino para el aseo diario. En un rincón, dormía un brasero de tamaño mediano. El único armario era muy grande, desmesurado.

Tenía una gran ventana, cerrada y oculta tras una pesada cortina. Mientras la apartaba, la mujer apreció:

—Le entrará mucha luz por las mañanas.

La habitación le estaba causando a Giovanni una impresión gélida y desagradable. Pero, en el trance en que se encontraba, le convenía cogerla. Así pues, se mostró conforme con lo que veía y pasó a interesarse por el precio.

Las pretensiones de la señora eran en verdad moderadas. El joven las encontró tan de su agrado que insistió en pagar una semana por adelantado.

Ella le dijo que podía entrar y salir cuando quisiera, siempre que no fuese demasiado tarde. Le entregó una llave de la entrada, pero le pidió que se abstuviera de recibir visitas y de hacer ruidos por la noche.

—Suelo dormir profundamente —explicó ella—, pero, si algo me despierta o sobresalta en plena noche, se me hace muy difícil conciliar otra vez el sueño.

—Descuide —aseguró Giovanni, que se sentía dispuesto a avenirse a cualquier cosa para resolver su problema de alojamiento—; no tendrá motivo de queja, se lo aseguro.

—Eso espero. Me ha parecido usted un buen muchacho. ¿Viene de muy lejos?

—Sí. De Nápoles. Por cierto, mi nombre es Giovanni.

—El mío, Alessandra.

A continuación le dio unas cuantas explicaciones domésticas y, finalmente, le ofreció:

—Si necesita algo, me encontrará abajo. Nunca me acuesto antes de las diez.

Al quedarse solo, Giovanni dirigió su atención al ventanal. Era el elemento más interesante. Descorrió la larga cortina y lo abrió. Daba a un patio lleno de arcos y estatuas, con dos plantas porticadas. Enseguida recordó el imponente y majestuoso edificio contiguo. Estaba viendo parte de su interior.

Parecía sumido en el más completo abandono. Todo era silencio y oscuridad. No se veía ningún resplandor a través de los arcos y ventanales; sólo la claridad lunar atenuaba lo sombrío del ambiente. La compañía de aquel palazzo deshabitado aseguraba tranquilidad para el estudio. Pero no ayudaba a disminuir la mustia atmósfera de la habitación, sino que más bien la acentuaba. Parecía como si la tristeza del palazzo, reptando por los muros, se hubiese introducido en el aposento hasta posesionarse por completo de él.

Giovanni quiso alejar de sí aquellas impresiones tan poco estimulantes. Se apartó de la ventana y pensó que todo resultaría muy distinto con la luz de la mañana.

Le quedaban algunos restos de las provisiones del viaje. Rebuscó en su bolsa y dio con un trozo de queso seco. Estuvo mordisqueándolo un rato, con desgana. No tenía hambre; sólo notaba cansancio y dolor de espalda.

Sin embargo, le parecía muy pronto aún para acostarse. Salió de la habitación con el propósito de echar un vistazo por los alrededores de la casa.

En el corredor reinaba una gran oscuridad. Además de la suya, había otras cuatro puertas, todas cerradas, de las que nada le había dicho la señora.

Bajó las escaleras con cuidado, guiándose por un leve resplandor que venía de abajo. En el vestíbulo ardía una lámpara de aceite. Antes de traspasar la puerta de la calle se despidió.

La voz de Alessandra, remota y apagada, le llegó desde el fondo de la planta baja. Pero no se asomó.

Una vez en la calle, Giovanni quiso observar detenidamente el solitario palazzo. Era el edificio más antiguo de los alrededores. La casa donde se hospedaba y las cercanas a ella habían sido construidas con posterioridad. No era necesario ser un entendido para darse cuenta. El palazzo tenía tres fachadas completas a la vista. La cuarta quedaba extrañamente interrumpida por el edificio de la señora Alessandra. La puerta principal, como enseguida comprobó Giovanni, estaba en el lado opuesto. Allí el entramado de callejas se abría a una plazuela.

Sobre el pórtico, grabado en piedra, un escudo de armas resaltaba en la penumbra. El joven estudiante pensó que debía pertenecer a una familia extinguida o que había sufrido una completa dispersión de sus miembros. De otro modo no podía explicarse la situación de extrema dejadez que presentaba el suntuoso palazzo.

De pronto su atención fue alertada por el sonido de unos pasos. Una figura tambaleante avanzaba hacia él desde la solitaria oscuridad de la plazuela.

Giovanni giró sobre sí mismo para no estar de espaldas al desconocido, pues aún no sabía si podía suponer una amenaza.

Era un hombre de aspecto desastrado. La embriaguez era la causa de su andar vacilante. En su boca había una mueca desagradable.

—Malos vientos soplaron sobre esta casa —dijo el desconocido, señalando el palazzo con un movimiento de cabeza y dejando al descubierto sus encías desdentadas—. Ahora es un sitio muerto. Es mejor no acercarse demasiado —aseguró, tendiendo la mano en demanda de limosna, como si la mereciera por la información que había dado.

Por un instante, Giovanni tuvo la idea de pedirle a aquel hombre datos más concretos en relación con el palazzo. Mas enseguida pensó que sólo obtendría de él exageraciones y disparates.

Eludió la mano que apuntaba a su pecho como un arma y se alejó de allí, caminando rápidamente calle abajo.

La voz del borracho comenzó a inferir improperios, a los que siguió una gutural carcajada. Giovanni acalló su eco áspero con el sonido de sus propios pasos.

LA DESAPARICIÓN DE UN LEGAJO

El eminente profesor Giacomo Amadio aborrecía las modas masculinas de la época. Siempre había sido enemigo de las pelucas empolvadas y detestaba enfundarse medias blancas en las pantorrillas. A diferencia de otros profesores, lucía en toda ocasión su negra toga de catedrático, que acentuaba su aspecto severo y algo demacrado.

El único aderezo que cuidaba era su barba, ya cenicienta, recortada con esmero. Por lo demás, no se preocupaba de su aspecto. Secretamente pensaba que un cierto desaliño le daba la imagen adecuada.

—Llega usted con cinco días de retraso, Conti —reprochó a Giovanni, con expresión áspera, cuando éste se presentó en su despacho—. Espero que pueda justificar tan mal comienzo. Aquí no damos ni un solo día por perdido; todos han de ser de provecho, desde el primero hasta el último. Toda ausencia, si no obedece a causas sólidas y demostrables, es considerada falta grave. Explíquese.

Con cierto apuro, Giovanni refirió las circunstancias familiares que habían demorado su partida de Nápoles, así como diversos percances en ruta que habían hecho aún mayor el retraso. Antes de dar por acabadas sus justificaciones añadió:

—Me costó mucho convencer a mis padres de que sería muy útil para mí hacer este viaje. A pesar de todas las objeciones, lo logré. Aquí estoy y me considero afortunado.

Amadio aprobó en silencio aquellas palabras y preguntó a continuación de un modo algo más amable:

—¿Se ha visto en dificultades para encontrar alojamiento?

—Al principio sí. pero he tenido suerte. Una señora me alquiló una habitación en su casa. Amadio enarcó las cejas, interesado.

—¿Una señora?

—Mayor —dijo Giovanni, como si fuese necesario aclararlo.

—¿Dónde está esa casa?

—Aún no sé el nombre de la calle. Está algo apartada, al lado de un palazzo en el que no vive nadie.

—¿Tiene tres fachadas completas y una de ellas da a una pequeña plaza?

—Sí, profesor.

—Inconfundible. Es el palazzo Balzani; hoy deshabitado, ciertamente. Se está deteriorando. Una verdadera lástima. Y, casi metido en él, está el otro edificio. Sé de cuál se trata. Nunca he entrado allí, pero puedo imaginar esa habitación. Muy alegre no será, aunque sí amplia y ventilada, y sin ruidos de ninguna clase, ¿verdad?

—Es muy luminosa por la mañana —contestó Giovanni evasivo.

—Bien, Conti, sea usted bienvenido, a pesar de su retraso. Ahora conocerá a sus compañeros. Hoy el grupo al que usted pertenece hará una primera visita a la biblioteca de la universidad. Confío en que este comienzo sea de su agrado.

—Desde luego que lo será, señor catedrático.

Giovanni se sorprendió al ver que en el curso había una estudiante. Era un hecho tan poco común que le llamó imperiosamente la atención.

Se llamaba Lena. No era especialmente hermosa a primera vista, pero tenía un aire que resultaba atrayente. Amadio la presentó con toda naturalidad como uno más de los alumnos, sin ningún comentario específico.

El grupo constaba de un total de catorce estudiantes. Giovanni incluido. Nueve eran de Padua: ocho varones y Lena. Los restantes venían de Venecia, Brescia, Verona y Ferrara. Giovanni era el que procedía de más lejos.

Hecha la sucinta presentación. Amadio condujo al grupo a la biblioteca. Les fue explicando las diversas secciones de que constaba, los criterios de clasificación de los volúmenes y la distinción entre los que podrían ser consultados libremente y los que necesitaban de un permiso especial. También se refirió a los ejemplares considerados intocables, por ser de gran valor y antigüedad, o excesivamente frágiles.

Pasaron después al archivo histórico. Estaba en una sala contigua.

—Aquí es donde más a menudo realizarán ustedes sus ejercicios —dijo el catedrático—. En este lugar se guardan documentos relevantes de la historia de Venecia y de Padua. Una parte está aún por clasificar —anunció, señalando unos montones de pergaminos y papeles que estaban sobre unas mesas taraceadas con placas de nácar—. Haciéndolo, practicarán ustedes. Les será muy útil, y también a la universidad.

Después detalló las diversas clases de documentos que figuraban en el archivo, con indicación precisa de los estantes donde estaban. Uno de ellos contenía material relativo a las más importantes familias paduanas.

Amadio concedió un breve descanso. Los integrantes del grupo salieron a uno de los claustros en el que había un gran número de estudiantes de otras disciplinas. Se formaron corros mezclados. Cada cual iba a su aire. Giovanni quedó un tanto arrinconado. Su talante era más bien tímido y retraído. No le era fácil entablar conversaciones de forma espontánea, por lo que deambuló mientras observaba. Lena seguía despertando su curiosidad. La miraba a distancia. Estaba rodeada de muchachos. No parecía sentirse cohibida por aquella abrumadora mayoría de compañeros varones.

Giovanni reparó en otro muchacho, como él, descolgado. Pertenecía a su curso. Intuyó que también era tímido. Eso le decidió a hablarle.

—Si no recuerdo mal, tú eres Paolo, de Ferrara.

—Buena memoria —dijo el otro, agradeciendo que Giovanni hubiese tomado la iniciativa de dirigirle la palabra.

—¿Cuándo llegaste?

—Hace casi una semana.

—¿Dónde te alojas?

—En la hostería Veneciana. Somos cuatro en la habitación; los otros son de medicina. Tienen vísceras en frascos, les gustan las bromas macabras. El ambiente no es muy grato que digamos.

—Yo encontré sitio en una casa particular; a precio muy barato.

—Puedes considerarte afortunado. La Veneciana es un cuchitril.

Una vez de regreso al archivo histórico, el profesor Amadio propuso una primera actividad práctica.

—Aunque muy por encima, ya conocen ustedes las diversas posibilidades que este lugar les ofrece. Vamos a tantear qué tal se orientan. Será la mejor manera de ir profundizando en el manejo de los documentos. Que cada uno elija un tema y vea de qué manera puede localizar elementos de apoyo o referencia para llevar a cabo un supuesto de indagación histórica. Excuso decir que todo ha de ser devuelto al lugar de donde lo hayan tomado. Su paso por aquí no ha de originar ni un solo caso de extravío o mala ubicación de documentos. Esto es fundamental. Bien, ya pueden empezar. Al final de la sesión comentaremos las dificultades con que se hayan encontrado.

La propuesta cogió desprevenido a Giovanni. El archivo histórico aún le parecía un laberinto. La sola idea de ponerse a rebuscar entre los miles de cartapacios y legajos le causaba agobio.

Sus compañeros también parecían desconcertados. Pero la incisiva mirada de Amadio obró el milagro. Poco a poco fueron dispersándose por pasillos y estanterías. O sabían ya qué hacer, o lo fingían. Giovanni se dijo que no podía quedarse allí, dudando. Eso le causaría mala impresión al catedrático. Enseguida se le ocurrió un tema de búsqueda que podía ser interesante.

Balzani era el nombre del palazzo deshabitado. Seguro que encontraría información acerca de las sucesivas generaciones de aquel apellido en los estantes dedicados a las más importantes familias paduanas.

Miró en el fichero general y la pesquisa dio resultado. En el archivo existía documentación relativa a los Balzani: estante 3, cuerpo 6-B, legajo 16.

Se alegró de que ninguno de sus compañeros estuviese cerca de la estantería indicada. Amadio acababa de marcharse. Seguramente no volvería hasta pasado un buen rato. Giovanni prefería que nadie supiese sobre qué iba a indagar.

Todo quedó en una intención no consumada. El legajo Balzani no estaba en su sitio. Saltaba a la vista el hueco que su ausencia había dejado: tenía más de seis dedos de ancho.

Giovanni volvió a mirar en el fichero. No había ninguna anotación que justificara la ausencia del legajo. Por tanto, según las normas del archivo histórico, tenía que hallarse en el estante 3/6-B. Pero no estaba allí. Y Giovanni no podía ni siquiera imaginarse la causa de su desaparición.

¿UNA VENTANA HIPNÓTICA?

GIOVANNI volvió a su aposento después de media tarde. Estaba bastante cansado. Su primera jornada en la universidad había resultado más agotadora de lo que esperaba.

Aunque tenía deseos de dejarse caer en la cama, abrió la ventana. Con la menguante luz del atardecer, la visión no era más alegre que en plena noche. Aún se hacían más evidentes la atmósfera mortuoria del interior del palazzo y el aire desamparado de sus estatuas.

No obstante, se quedó contemplando aquel patio desolado, al que no se aventuraban a bajar ni los pájaros. Algo en aquella visión lo fascinaba. No podía evitarlo.

Acercó a la ventana el único butacón de la estancia y se sentó. Miraba al palazzo ensimismado, como si nunca fuese a dejar de contemplarlo. Sentía una paz remota, extraña.

El tiempo parecía no pasar. Todo estaba quieto y muerto. Sólo la lenta retirada de la luz diurna impedía el estatismo completo. El atardecer fluía suavemente hacia la noche, como un tránsito lleno de presagios y secretos.

Giovanni se encontraba en situación semejante a la de un hipnotizado: toda su voluntad estaba sometida al influjo de la imagen del palazzo.

Unos golpes que sonaron en la puerta le sobresaltaron. Le pareció sentirlos en su propia espalda, pero le ayudaron a sustraerse de la extraña influencia que le había cautivado.

Era la señora Alessandra quien llamaba. Llevaba un manojo de velas en la mano. Quería dárselas. A Giovanni le pareció que la actitud de la mujer era fría y distante.

—¿Está a oscuras? —preguntó ella, escudriñando el interior de la habitación y fijándose de manera muy especial en que la ventana estaba abierta.

—Descansaba —repuso el joven ambiguamente.

La mujer dio un paso adentro y observó la cama intacta. Después, sin expresión en la voz, preguntó:

—¿Se va acostumbrando a la habitación?

Giovanni se limitó a explicar:

—He dormido bien. No he extrañado la cama.

—Se está haciendo tarde. ¿No saldrá a cenar?

—Me disponía a hacerlo —mintió el napolitano.

—Cierre la ventana antes de irse. El fresco de la noche es traicionero, se cuele en los huesos.

—No lo olvidaré —aseguró Giovanni, impaciente por quedarse otra vez a solas.

En cuanto ella se retiró, el joven se apresuró a cerrar la ventana. No lo hizo sólo para evitar que la habitación se enfriara; quería borrar los negros perfiles del palazzo.

El grosor de la cortina ocultó la hipnótica imagen.

Podía ir a cenar a la hostería Veneciana aunque no estuviera alojado allí. Pero aquella noche no le apetecía compartir la mesa con otros estudiantes. Caminó al azar por las callejas, en busca de algún lugar barato donde comer en solitario.

No tardó en encontrarlo. Era un local mugriento en el que algunos hombres bebían en silencio. Ocupó una mesa apartada. No solía beber vino, pero encargó una jarra con la comida.

La sopa estaba aguada y contenía raspas de pescado. El guiso de pollo desmenuzado no resultó mucho mejor: era grasiento y desabrido. Mientras iba masticando con creciente repugnancia, se dio cuenta de que los parroquianos y el tabernero, taciturnos y reconcentrados, le miraban de vez en cuando. Aquel ambiente apagado contrastaba con el bullicio y la algarabía que reinaban en las tabernas de Nápoles.

La frecuencia de las miradas empezó a incomodarle. Aquellos individuos clavaban sus ojos en él sin apenas disimulo. Si Giovanni les sostenía la mirada, la apartaban. Pero volvían a insistir al poco rato.

Se preguntó cuál podría ser la causa de aquella curiosidad hacia su persona. ¿Sólo su aspecto de forastero? No le parecía motivo suficiente.

Rechazó el postre y pagó lo que debía. Apuró un último sorbo de vino y le faltó tiempo para salir a la calle. Hasta el último momento notó las miradas a su espalda.

Aunque el aire de la noche le sentó bien, notó que el vino, en vez de apaciguarle, había excitado la parte insana de su imaginación. Errante por las callejas se dio cuenta de lo poco grato que le resultaba tener que ir a encerrarse en su sombría habitación.

Pensó en prolongar la caminata para mejor despejarse. Luego, reaccionó contra su propia indecisión. Se dijo que no había ningún motivo para demorar el regreso. Necesitaba acostarse pronto y descansar. Su segunda jornada en la universidad iba a ser al menos tan ardua como la primera.

Cuando sólo le separaba un corto trecho de la casa, oyó pisadas tras él, a poca distancia. Las calles estaban muy solitarias. En todo el trayecto no había visto a nadie.

Siguió andando sin mostrar preocupación. Sabía que una actitud temerosa podía dar agallas a un asaltante que dudara entre atacarlo o no.

Tenso y alerta, llegó ante la puerta de la señora Alessandra. Mientras hacía girar la llave en la cerradura, se volvió. Se acercaba un hombre. Le reconoció por sus ropajes: era uno de los que habían estado observándole en la taberna.

No quiso averiguar más. Cerró la puerta con rapidez. No estaba dispuesto a encuentros de ninguna clase. Los pasos del otro se alejaron, muy despacio.

Giovanni escrutó las tinieblas de la casa. En el vestíbulo ardía un pequeño candil que apenas daba luz. Por debajo de una puerta, al fondo de un oscuro pasillo, se advertía resplandor. Aún no era demasiado tarde. La señora debía de estar levantada.

El joven avanzó por el corredor, para darle las buenas noches a su anfitriona antes de acostarse.

Llamó prudentemente a la puerta de la habitación iluminada. Nadie respondió. Insistió con mayor fuerza. Tampoco obtuvo respuesta.

—¿Señora Alessandra? —inquirió, con voz lo bastante alta como para hacerse oír a través de la puerta.

Las dos palabras sonaron huecas. Empujó la puerta despacio, con una frase de disculpa. Sólo pretendía ser amable.

Era una sala sucintamente amueblada. El fuego agonizaba en el hogar. Los leños de la lumbre eran troncos de cenizas llenos de ascuas. Sobre una mesa, encendidas, brillaban las tres velas de un candelabro. Pero la mujer no estaba.

Giovanni salió otra vez al pasillo y dejó la puerta como la había encontrado. Aún pronunció el nombre de la patrona otras dos veces ante otras puertas cerradas.

Convencido de que aquella no era su noche, desistió.

«Lo mejor será que me acueste. Mañana será otro día», pensó.

Con el candil del zaguán se alumbró en la subida a su habitación. La cortina de la ventana estaba corrida, como él la había dejado. Apartó la mirada, decidido a dejarla como estaba. No había olvidado el extraño trance del anoche. Se prometió no recaer en aquella fascinación desmesurada.

Buscando con avidez el descanso, se despojó de prisa y se acostó.

El sueño no se le resistió demasiado. Pero dormir no significó la paz, pues soñó intensamente.

Luego, al despertar, no recordó nada.

LA CARTA INACABADA

En las jornadas siguientes, Giovanni se concentró al máximo en las clases y sesiones prácticas del profesor Giacomo Amadio. Hizo además un esfuerzo complementario para compensar las fechas perdidas y ponerse al día.

La intensidad de sus ocupaciones de estudiante le ayudó a alejar su pensamiento del palazzo. Sólo comprobó que el legajo de los Balzani seguía faltando del archivo histórico. Por lo demás, se había impuesto la consigna de desentenderse de toda preocupación que fuese ajena al curso. Una y otra vez se había repetido que el palazzo no era más que un edificio antiguo en desuso, como tantos había en toda la península.

Únicamente en un aspecto no logró tranquilizarse: su anfitriona le inspiraba una vaga desconfianza. La veía pocas veces, y siempre fugazmente. Ella parecía rehuirle, como si le ocultara algo.

Giovanni había ido adquiriendo confianza con varios de sus compañeros de la universidad. Lena y Paolo eran sus preferidos. Sólo a ellos les había dicho algo de sus primeras impresiones al ocupar la alcoba. De entre los alumnos de Amadio, un tal Giorgio era quien menos le gustaba. Pertenecía a una familia rica de Padua. Con antipática jactancia, no cesaba de repetir, siempre que el catedrático no pudiera oírle, que seguía aquel curso para prolongar un poco más las ventajas y diversiones de su vida de estudiante, ya que su destino era suceder a su adinerado padre en la dirección de los negocios familiares.

Giovanni le evitaba siempre y veía con agrado que Lena también le rehuyera, a pesar de que él la asediaba sin disimulo, considerándose con sobrado atractivo para merecer su atención.

Todo transcurría con normalidad más que aceptable cuando, al atardecer de un viernes. Giovanni hizo un descubrimiento que vino a modificar el curso de los hechos.

Sucedió de manera fortuita. Uno de los cajones del armario de su habitación tenía roto el listón trasero. Eso había provocado que dos libros cayeran al fondo, dificultando el cierre.

Para alcanzar los volúmenes caídos, Giovanni sacó el cajón. Entonces ocurrió el inesperado hallazgo: unas hojas de papel, dobladas por la mitad, quedaron a la vista.

Se trataba de una carta cuya fecha era de diez días atrás.

Giovanni dedujo que la misiva había sido escrita por el caballero de edad que se alojaba en aquella habitación antes de que él llegara a Padua.

Buscó el final del escrito para conocer el nombre del firmante. No lo encontró. La carta estaba inacabada. El último párrafo decía así:

No me gustaría terminar sin explicarte, para mi desahogo, algunas otras circunstancias que tienen que ver con todo este misterio. Pero la luz que entra por la ventana ya va declinando y ahora tengo que ir al encuentro de una persona que acaso pueda disipar las dudas que me abruman. Continuaré escribiéndote más tarde, a la luz del candelabro.

Aquellas palabras indujeron a Giovanni a leer la carta desde el principio. Algo le decía que el misterio del que se hablaba en ella tenía que ver con la mansión de los Balzani.

Mi querida hermana:

Llevaba algunos días debiéndote carta. Unas circunstancias anormales, de las que ahora te enterarás, han sido las responsables. Espero que no lleguen a alarmarte. Siempre has sabido de todos mis pequeños secretos y experiencias. No puedo hacer excepción en este caso. Además, será un alivio compartir contigo, aunque sea a distancia, los temores que me están agobiando.

Te costará creer que a mis años, y con lo mucho que llevo viajado por estos mundos de Dios, pueda sentirme atemorizado por un ambiente sombrío. Pues, por raro que te parezca, ésta es la situación en que me encuentro. Sin darle mucha importancia, te hablaba en mi anterior carta de ciertas sensaciones que me habían asaltado en sueños en esta habitación. Pues bien, han ido a más. Y ya no sólo en sueños. Me siento ridículo al admitirlo, pero no soy capaz de dominarlas.

Tú me conoces bien; mejor que nadie. Sabes que nunca he dado el menor crédito a supersticiones ni a fantasías irresponsables. Más bien he pecado siempre de lo contrario.

Muchas veces me he burlado de esas personas que, por ignorancia, creen entrever presencias espectrales en cualquier lugar oscuro y solitario. Jamás me había sentido bajo influencias extrañas en ninguno de los sitios en que he vivido, y eso que estuve en algunos muy idóneos para despertar toda clase de ideas macabras.

No es ésta la morada más lúgubre de cuantas he conocido. Sin embargo, ha sido aquí donde he experimentado la inquietante sensación de no estar solo, aunque nadie más esté conmigo. (Me refiero, claro, a nadie más del mundo de los vivos.)

Pensarás que la dureza de mis estudios es la responsable de que mis facultades se hayan debilitado. Pero te aseguro que nada de lo que me ocurre es atribuible al cansancio ni a la edad. De eso sí que estoy seguro.

Creo que el origen de tan extrañas sensaciones se debe a la deprimente vecindad de la mansión de los Balzani. Tiempo atrás, entre sus muros ocurrieron hechos penosos y trágicos. Dejaron una especie de leyenda, es cierto, pero pertenece al pasado. Nada de lo que aquí sucedió, y que conozco sólo en parte, debería influirme ahora a mí en modo alguno. Y, no obstante, se diría que es así, contra toda razón y toda lógica.

Te confieso que me preocupa pensar que aún pasaré algunos meses en esta habitación. De no ser porque lo consideraría una cobardía y una traición a los sensatos principios en que siempre me he apoyado, cedería a mis impulsos y buscaría mañana mismo otro alojamiento en Padua.

Quiero creer que la entereza y la cordura acabarán por imponerse a toda sugestión, pero, si te he de ser sincero, cada vez confío menos en ello.

Giovanni llegaba al último párrafo. Lo relejó y dejó a un lado la carta inacabada.

Sin poder evitarlo, miró con desconfianza a todos los rincones. El anterior ocupante de la estancia, un experimentado caballero, ajeno a creencias supersticiosas, había percibido algo anormal en aquella habitación.

Y más aún: había abandonado la casa, y Padua, de modo inesperado, tras la interrumpida redacción de aquella carta.

El joven napolitano empezó a preocuparse. Lo leído no le auguraba nada bueno. Notó que el vello se le erizaba.

El mismo hecho de que la carta hubiese quedado incompleta y sin curso daba mucho que pensar. Era sospechoso y extraño.

El caballero había escrito que iba a entrevistarse con alguien. ¿Quién podría ser esa persona? ¿Se habría producido el encuentro o algo lo había frustrado? ¿Por qué motivo había emprendido lo que parecía una huida repentina?

Todo lo sucedido después de la redacción de la carta constituía un misterio. Y también mucho de lo que había ocurrido antes.

Giovanni no quiso cerrar los ojos y ampararse en la confianza de que todo se reducía a aprensiones injustificadas. No tenía sentido esforzarse en ignorar que allí había algo extraño.

Súbitamente necesitado de acción y elementos de juicio, escondió la carta, se puso su capote de estudiante y salió de la estancia.

Necesitaba conocer cuanto antes qué leyenda emanaba de la vieja mansión de los Balzani, porque estaba seguro de que el palazzo era el origen de todas aquellas inquietantes perturbaciones.

LA MALDICIÓN DEL ASTRÓLOGO

GIOVANNI caminaba resueltamente por las mojadas calles de Padua.

A la señora Alessandra no había querido preguntarle nada. No le parecía posible que ella ignorara que en la habitación que alquilaba ocurría algo. Y, sin embargo, callaba. Cada vez le inspiraba más desconfianza.

El estudiante iba en busca de una persona determinada. Le parecía la más adecuada para salir de dudas. Aunque iba a ser difícil hablar con ella a aquellas horas.

En casa de Lena se veía luz en la planta baja. La familia entera debía de estar reunida en torno a la mesa. Era el momento de la cena. Tenía que esperar.

Giovanni sabía cuál era la ventana de la habitación de Lena. Estaba en la segunda planta. Permaneció en las inmediaciones del edificio, atento y al acecho. Había llovido, mas por suerte ya escampaba.

Pasado un buen rato, vio movimiento de luces en aquella ventana. La ocasión propicia se acercaba. Enseguida los resplandores se aquietaron. Más tarde, desaparecieron. Lena se disponía a acostarse.

Giovanni lanzó varias piedrecillas a los cristales emplomados. Como no le diera resultado a la primera, repitió la operación dos veces más, rogando que nadie pasara por allí en aquellos instantes. Lena, recelosa, entreabrió la ventana. Giovanni se apresuró a hacer oír su voz, pues, con la oscuridad que había en la calle, era imposible que le reconociera.

—Soy yo, Giovanni Conti.

—¿Qué estás haciendo aquí? ¿Pasa algo? —preguntó ella, muy sorprendida.

Hablando en susurros, por temor a ser oído por las restantes personas de la casa, el joven dijo:

—Necesito preguntarte algo.

—Habla un poco más alto; no te oigo.

Giovanni se arriesgó a elevar la voz:

—Quiero que me expliques algo. A ser posible, ahora. ¿Puedes bajar?

—¿Tanta prisa te corre?

—Sí, por favor. Será poco rato.

Lena, aún sorprendida, dudaba. Giovanni vigilaba las otras ventanas de la casa. Temía que todas se abriesen de pronto, dando paso a un coro de familiares indignados.

—De acuerdo —accedió ella al fin—. Ve por la puerta trasera. Lo intentaré. Pero tendré que volver enseguida. Es muy tarde y no quiero que mis padres se den cuenta.

—Gracias. Te espero.

Giovanni fue hacia la parte posterior del edificio. Como un merodeador, medio escondido, esperó. Ella no se hizo esperar demasiado. Se había vestido muy deprisa. Una manteleta cubría sus hombros. Salió sigilosamente, como si ella también temiera el súbito sonido de la voz paterna, y le susurró al estudiante:

—Nunca me habían sacado así de casa. ¿Qué es lo que te ocurre?

—Habíame del palazzo Balzani. Todo lo que sepas; lo más importante.

—Estás muy raro. ¿A qué viene tanto interés de pronto?

—Luego te lo diré. Pero quisiera oírte antes.

—Caminemos un poco. Tan cerca de casa, acabaremos por llamar la atención.

Se alejaron calle abajo. Lena ordenaba sus ideas. Como preámbulo, dijo:

—iSon tantas las cosas que se han rumoreado del palazzo Balzani y de Beatrice. la que nunca murió.

—¿La que nunca murió? —repitió Giovanni, con voz algo preocupada.

—Tú no creerás en fantasmas, ¿verdad? —preguntó Lena.

—No, claro —repuso el joven, no muy convencido.

—Como dice el profesor Amadio, cuando los hechos son poco claros o desconocidos, surge la leyenda. Y las leyendas no conocen límites.

—¿Cuáles son los hechos poco claros del palazzo?

—Los Balzani fueron los banqueros más poderosos de Padua. Con el tiempo, fueron acusados de cometer abusos graves: usuras, extorsiones, actuaciones despiadadas... No se detuvieron ante nada. Fueron causantes de la ruina y la desgracia de muchas personas. Y se enriquecieron muchísimo, claro.

—Hasta aquí es una historia parecida a otras. También hubo casos así en Nápoles.

Lena, en tono más confidencial, continuó:

—Sí, pero para los Balzani llegó el ocaso. Ya te habrás dado cuenta de que el palazzo está abandonado.

—Desde luego. ¿Qué ocurrió?

—La conducta de los banqueros Balzani encendió rencores y deseos de venganza, y les valió además una maldición, aunque ellos no le dieron importancia. Consideraban un loco a quien se la lanzó.

—¿Quién fue? — quiso saber enseguida Giovanni, cada vez más interesado.

Era un astrólogo que tenía fama de brujo. Murió hace muchos años. No me acuerdo de su nombre. Se consideraba gravemente perjudicado por los Balzani.

—¿En qué consistía la maldición? — preguntó el napolitano, con una vaga sombra de temor en la voz.

—Profetizaba que la estirpe de los Balzani desaparecería de la faz de la tierra antes de que pasara mucho tiempo. Dijo también que el último de sus miembros moriría en la más completa de las miserias y que a su entierro sólo asistirían, además del sepulturero, unos perros vagabundos.

—¿Dijo algo del palazzo?

—Sí, que quedaría como penosa morada de las sombras, maldito y abandonado.

—Esto último parece haberse cumplido. ¿Y lo demás?

—Podría decirse que también. Casi todo. Los Balzani conocieron severos reveses de fortuna y acabaron siendo víctimas de sus propios abusos y atropellos. Otros especuladores aún más voraces los llevaron a la bancarrota. Y la familia se fue extinguiendo. Su último vástago fue Beatrice. Con ella acabó todo. Y con ella empezó la leyenda. Padecía una extraña enfermedad que le causaba somnolencia. A veces dormía semanas enteras. Tenían que alimentarla en sueños. Ella era incapaz de salvar lo poco que quedaba de los bienes de los Balzani. La servidumbre fue marchándose. El antiguo esplendor se convirtió en decadencia. Conservó el palazzo, pero los acreedores se llevaron la mayor parte de los muebles y enseres. Vivía en un gran edificio, pero de manera miserable. Al final quedó sola con dos viejas criadas que, por compasión, seguían cuidándola. Aunque, eso sí, cuentan que Beatrice a los cuarenta años aún parecía una doncella. La enfermedad del sueño la conservó extrañamente joven a pesar de todos los sufrimientos.

—¿Por qué la llaman la que nunca murió?

Lena se detuvo. En la calleja oscura y solitaria su voz acompañaba al goteo de las gárgolas.

—Ésa es la parte de leyenda. Por lo que se dijo, cierto día desapareció misteriosamente.

—¿Podía valerse por sí misma?

—No, y eso hizo aún más extraño el caso. Pero nunca hubo constancia de su muerte. Oficialmente sigue considerada como desaparecida. Y ya han pasado más de cien años.

—¿Qué dijeron las dos viejas criadas?

—Ellas dieron la alarma cuando se produjo la inexplicable desaparición. No pudieron aclarar nada más. Eran ya muy mayores. Poco después, ambas murieron. —Lena empezaba a impacientarse. Dijo entonces—: Volvamos. Si en casa descubren que he salido a estas horas, no sé qué ocurrirá.

Emprendieron el regreso. Giovanni se propuso aprovechar todo el rato que quedaba, e incansable siguió preguntando:

—¿Qué rumores han circulado en relación con el palazzo desde que Beatrice desapareció?

—Todos los que te puedas imaginar: que ella ha vuelto allí, como una aparecida, y se pasea ciertas noches por los desolados aposentos; que está dormida, joven aún como una doncella, en alguna cámara subterránea del edificio; que a causa de la maldición no puede descansar en sepultura y vaga eternamente por el mundo... Muchos cuentos de viejas la presentan como un ser de ultratumba, deseosa de vengarse de los vivos. No falta quien dice haberla visto asomarse alguna vez por las ventanas del palazzo con un aspecto pavoroso. Ya sabes cómo son ciertas personas. Y ahora —dijo ella, cambiando de tono—, supongo que me dirás por qué de pronto te ha entrado la manía de conocer esta vieja historia. ¿Sólo porque vives allí, o es que te atraen estas cosas?

—He encontrado una carta del hombre que ocupó la habitación antes que yo. Se fue de Padua repentinamente.

—A ver, cuenta —pidió Lena interesada.

Giovanni le detalló el contenido de la carta. Procuró hacerlo de manera neutra, sin demostrar que le había impresionado.

—Vete tú a saber si ese hombre estaba muy sereno cuando tuvo esas sensaciones —objetó ella, escéptica—. No se puede hacer mucho caso.

—No, claro —dijo enseguida Giovanni—. Pero despertó mi curiosidad... literaria. Puede ser un buen tema para fabular.

Estaban otra vez ante la casa de Lena. Nada parecía indicar que la hubiesen echado en falta. Bajando aún más la voz, ella se despidió:

—Tengo que dejarte. Y, cuando te entre otra curiosidad, tómatelo con más calma. ¿De acuerdo?

Lena entró furtivamente en la casa. Giovanni siguió caminando por las calles húmedas y oscuras. Todo lo oído había avivado sus presagios con respecto al palazzo y a la habitación que ocupaba. Volvía a ella como a un lugar de mal agüero.

Dio un gran rodeo para demorar el inevitable momento. Una y otra vez se dijo que no podía dejarse impresionar por cartas y leyendas. Pero no logró tranquilizarse.

Cuando entró en la habitación, cansado de tantas cavilaciones, algo le llamó la atención y le puso en guardia. La ventana estaba entreabierta. Recordaba haberla dejado bien cerrada. Y, a pesar del aire que entraba, un olor a cera impregnaba el ambiente.

Era imposible que el aroma permaneciera desde que él había estado allí. Alguien, no hacía mucho tiempo, había encendido una vela en la estancia. Giovanni pensó de inmediato en Alessandra.

Cuando cerraba la ventana, le vino a la memoria la carta inacabada. Fue enseguida a cerciorarse de que continuaba donde la había escondido. Allí estaba. Pero algo despertó su suspicacia.

Al principio no se percató, pero luego supo la causa: la carta estaba doblada de modo que la parte escrita quedaba a la vista, y él estaba seguro de haberlo hecho al revés, como siempre tenía por costumbre.

Lleno de sospechas, se metió en la cama. Tomó la decisión de esconder la carta en otro lugar, fuera de la casa.

Muchos interrogantes se cernían sobre él; cada vez más próximos, más acechantes.

EL ROSTRO DE BEATRICE BALZANI

¿PODRÍA usted decirnos en qué está pensando, Conti? —inquirió de pronto el profesor Giacomo Amadio.

La brusca interpelación sacó a Giovanni de sus meditaciones. Por unos momentos se olvidó de los misterios del palazzo Balzani.

—He perdido la atención por un instante, señor profesor —se excusó el napolitano.

—¿Por un instante? —ironizó Amadio, elevando las cejas—. Lleva usted toda la mañana con cara de estar en otra parte. No me obligue a preguntarle de qué he estado hablando. Estamos en la universidad, no en una escuela de aprendices.

—No volverá a ocurrir, profesor. Doy mi palabra.

Todos se habían vuelto a mirarlo, Giovanni ocupaba uno de los últimos bancos del aula. Recompuso su modo de sentarse y adoptó una actitud atenta y concentrada.

Amadio prosiguió con sus explicaciones. De vez en cuando dirigía inquisitivas miradas a Giovanni. El napolitano guardaba las apariencias, pero interiormente seguía reflexionando.

Aquella mañana, al levantarse tras un sueño agitado, había observado detenidamente la cornisa que había debajo de su ventana. Era prolongación casi perfecta de una de las del palazzo. Sin apenas riesgo, avanzando por ella, podría introducirse en la mansión Balzani. Sólo le restaba decidir si hacerlo o no. Y no cesaba de darle vueltas al dilema con el que tenía que enfrentarse.

Al finalizar las clases de la mañana, Lena se acercó a Giovanni.

—¿Aún sigues interesado por la historia del palazzo?

—Más o menos —repuso él, no queriendo parecer obsesionado.

—Esta mañana he hablado con mi madre. Me ha contado algunas cosas muy interesantes que yo no sabía.

—¿Ah, sí? —exclamó Giovanni.

—¿Quieres conocerla? —preguntó Lena, ambigua.

—¿Te parece necesario?

—No me refiero a mi madre.

—¿A quién, entonces?

—A ella, a Beatrice Balzani.

—¡Qué dices! —protestó el joven, como si hubiera oído un disparate.

—Ven conmigo —dijo Lena, misteriosa.

Salieron juntos de la universidad. Caminaban muy deprisa. Giovanni empezó a comprender la razón de la celeridad cuando entraron en la galería del Concejo Paduano. Allí había multitud de cuadros que ocupaban todos los muros, hasta el techo. Muchas de las pinturas eran retratos.

—Beatrice posó para Flavio el Eremita, un pintor de su tiempo. Adivina quién es ella; está aquí, mirádonos.

Muchas caras los estaban mirando desde los cuadros: caballeros de severo porte, cardenales y obispos, graves dignatarios. Todos esos quedaban descartados.

Pero las dudas subsistían. Había también muchos retratos femeninos.

—Tómame tu tiempo —aconsejó Lena, como una cómplice no del todo entregada—. Y recuerda: ella desapareció cuando tenía poco más de cuarenta años, pero siempre tuvo el aspecto de una joven.

Eso descartaba a todas las damas maduras y ancianas. No obstante, quedaba aún una docena larga de mujeres jóvenes en los retratos.

—¿Tu sabes exactamente cual de ellas es?

—Sí. Lo he sabido por mi madre.

Giovanni no quería apresurarse, pero estaba impaciente por averiguar cual era el retrato de Beatrice Balzani. Observaba de reojo a Lena, por si ella le daba alguna pista involuntaria.

Nada obtuvo. La muchacha miraba aquí y allá como si tampoco supiera cuál era la pintura buscada.

Entonces el napolitano reparó en algo. Dos de las jóvenes retratadas se parecían muchísimo entre sí, como si se tratara de dos hermanas gemelas. Por lo demás, los vestidos con los que habían posado eran distintos, y también diferían los estilos de sus peinados. Una de ellas presentaba un aspecto tranquilo y confiado, aunque tenía una expresión algo triste. La otra, por el contrario, mostraba un gran extravío en su mirada y en su boca había una mueca amarga.

Giovanni se concentró de nuevo en la contemplación de los dos retratos. El que mostraba a Beatrice con la mirada extraña y la desolación en los labios era el que más atraía su atención. Refiriéndose a él, preguntó:

—Éste fue pintado en segundo lugar. ¿Me equivoco?

—No. Para entonces ella ya había contraído su extraña enfermedad.

El cuidador de la pinacoteca entró a apremiarles:

—Es muy tarde: tengo que cerrar.

Una vez fuera, Lena dijo:

—¿Satisfecha tu curiosidad?

—Sí —repuso Giovanni maquinalmente, aunque en realidad no hacía más que aumentar.

—Pues hay algo más.

—¿Algún otro retrato en otro lugar? —saltó él enseguida.

—No. Un cortejo frustrado. El único que ella vivió.

—¿Alguien la rondaba? —preguntó Giovanni.

—Mejor podemos decir que la asediaba. Beatrice tuvo un pretendiente enojoso. Pero llegó tarde. Ella enfermó y nunca estuvo en condiciones de casarse con nadie.

—¿Quién fue ese incómodo aspirante a desposarla?

—Un tío lejano. Era un Balzani, pero de una rama familiar distinta, aunque también en extinción. Se trataba de un hombre muy mayor, poco adecuado para esposo. Soñaba con salvar algo del patrimonio de los banqueros Balzani antes de que la ruina fuese total. Por eso pretendía a Beatrice en matrimonio.

—¿Qué fue de ese pariente?

—Cuando vio que sus propósitos no podían cumplirse, abandonó la idea, desistió. Se fue de Padua y nunca se volvió a saber de él. Eso fue mucho antes de la desaparición de Beatrice, claro.

—Seguramente, lo único que perseguía era hacerse con los últimos restos de las riquezas de los Balzani.

—Es la suposición más razonable —convino Lena, para añadir después, como materia aparte—: También me ha dicho mi madre que quien mejor conoce todas las leyendas del palazzo es una mujer que vive en Padua.

Giovanni preguntó inmediatamente:

—¿Podría hablar con ella?

—Tú, mejor que nadie.

—¿Por qué?

—Vives en su casa.

—¿La señora Alessandra?

—La misma. Pero no lo tendrás fácil. Al parecer, no le gusta hablar de ello. Si quieres que te cuente cosas, tendrás que ganártela.

—Esa mujer no me inspira mucha confianza. Tiene una conducta bastante rara. Creo que a veces entra en mi habitación a escondidas, para husmear.

—Eso suelen hacerlo los que alquilan aposentos a extraños para curiosear y tener bajo control a sus huéspedes.

—En su caso creo que hay algo más.

—Pues ten cuidado: tiene fama de enigmática —dijo Lena finalmente, tomando el camino de su casa.

Aquellas últimas palabras le causaron al napolitano una impresión más bien desagradable.

HUELLAS EN EL POLVO DE AÑOS

«CUANDO las cosas se ven de cerca y cara a cara, desaparecen las sugerencias extrañas», se repitió por última vez Giovanni aquella noche, antes de iniciar su incursión a través de la cornisa.

Había colocado un bulto en la cama para simular que estaba durmiendo. Le rondaba el temor de que la señora Alessandra subiese a espiar mientras él estaba en el edificio Balzani. Más que nunca, lamentaba que la puerta de la habitación careciera de cerrojo y de pestillo. Pero no creyó aconsejable arrastrar muebles para inmovilizarla, pues el ruido habría alertado a la patrona.

Se asomó afuera. Le tranquilizaba un hecho: su ventana era la única del edificio que daba al patio del palazzo. Alessandra no podría observarle desde ninguna otra.

Sentado en el alféizar, apoyó los pies en la cornisa. Parecía muy sólida, capaz de sostener a varios como él sin quebrarse. Se puso en pie, cogido aún al marco de la ventana. Después, sintiéndose seguro y afianzado, la entornó para que desde dentro pareciera cerrada.

La cornisa era tan amplia que le habría permitido incluso avanzar de frente. No obstante, por precaución, lo hizo con la espalda pegada al muro. Aunque la altura era moderada, evitó mirar abajo, para no acobardarse.

Concentrado en sus movimientos, llegó casi sin darse cuenta a la balaustrada de una de las galerías del palazzo. Al momento, y sin dificultad, se encaramó y saltó adentro.

Antes de internarse en las tinieblas de la mansión Balzani, echó una rápida ojeada a su ventana. Todo continuaba como lo había dejado.

Alejándose de la galería y los ventanales, casi a ciegas, se introdujo en el palazzo. El silencio, denso y extraño, resultaba opresivo. Pero Giovanni se había hecho el firme propósito de no amilanarse. Cuando se hubo adentrado lo bastante, encendió un cabo de vela que llevaba consigo. El leve resplandor no podría ser visto desde fuera, ni aun cuando Alessandra se asomara a la ventana, cosa que creía poco probable. Confiaba en que el bulto que había dejado en la cama surtiera efecto en caso necesario. Las enormes estancias estaban totalmente vacías. La progresiva decadencia económica de la última Balzani había obligado a ir vendiendo muebles y enseres. Y los pocos que habían quedado tras la desaparición de Beatrice habían sido presa inmediata de los acreedores.

Acompañado de su sombra, Giovanni recorrió salones y aposentos. Le parecía visitar los desnudos restos de un naufragio, el interior de un navío saqueado mucho tiempo atrás. No quedaba ni rastro de muebles, cuadros, tapices, alfombras, cortinajes, lámparas, relojes u objetos de arte que habían enriquecido aquellas estancias en la época de esplendor de los Balzani.

Sólo un manto de polvo, presente en todas partes, constituía el patético alfombrado. Nadie había entrado allí en muchos años. No había más pisadas que las que él iba dejando. Se sentía como el profanador de un lugar vedado a los mortales. Esa idea le causó un estremecimiento, y miró de pronto a su alrededor, como si temiera descubrir alguna presencia que le llenara de espanto.

Descendió a la planta baja. Allí el saqueo había sido aún más feroz. Hasta las puertas, arrancadas de sus goznes, faltaban. Giovanni no había pensado en proveerse de una caperuza para la vela. La cera derretida goteaba en su mano, fluyente, cálida. Contrastaba con la gelidez de aquel ambiente, que le iba helando el alma.

De repente se sobresaltó, la llama de su vela abría a derecha e izquierda dos senderos interminables. Tuvo la angustiada sensación de que a ambos lados, le acechaban figuras desconocidas.

Entonces vio por primera vez los dos espejos venecianos. Estaban uno frente al otro, en muros opuestos de una pequeña cámara. Giovanni se encontraba entre ambos.

Los espejos eran muy grandes, y su altura mucho mayor que la de una persona. Reflejaban de manera opaca, velada. Una densa pátina de polvo y suciedad los empañaba.

Giovanni, con mucha atención, los fue mirando alternativamente. Sus dimensiones eran idénticas. Sólo se diferenciaban en las ornamentaciones de sus grandes marcos de madera carcomida. El de la izquierda estaba decorado con una gran diversidad de máscaras

venecianas; el de la derecha tenía muchos símbolos y figuras, igualmente trabajadas en la madera del marco, que a Giovanni le resultaron indescifrables.

No estaban colgados del muro, sino encajados en él, gracias a un cuidadoso trabajo de albañilería. Sin duda, su enorme peso había aconsejado aquel modo de instalación, para evitar que se desprendieran.

«No pudieron llevárselos, como todo lo demás», pensó Giovanni. «Al intentar arrancarlos del muro, los habrían destrozado. Los expoliadores tuvieron que renunciar. Seguramente con mucho disgusto, porque su valor debe de ser alto.»

Pensó después que aquellos espejos habían reflejado muchas veces la imagen de Beatrice Balzani, tanto cuando su semblante estaba aún tranquilo y confiado como cuando traslucía ya el extravío de su ánimo.

Siempre con la vela en la mano, se acercó al espejo de las máscaras. Con una de las mangas de su jubón empezó a limpiar una pequeña zona, a la altura de sus ojos. La costra de polvo endurecido iba cayendo en fina llovizna. Poco a poco, aquella superficie fue recobrando algo del brillo del pasado. El revestimiento de azogue no tenía corrosión, estaba intacto.

Giovanni cedió entonces a un impulso súbito. Proyectó su cálido aliento sobre la superficie que había rescatado del tiempo y, en la humedad condensada, escribió con un dedo: «Beatrice». Una vez que lo hubo hecho, pensó que aquello parecía una invocación a la mujer desaparecida.

Poco después creyó percibir que la soledad del palazzo albergaba otra presencia. Nuevamente miró a su alrededor con prevención. Se preguntó si estaba yendo demasiado lejos en su afán indagador, si no se estaría acercando a algo para lo que no estaba debidamente preparado.

Miró su cara lívida en el espejo. Su rostro estaba bastante demacrado. Quiso reírse de sí mismo, pero sólo pudo formar una desamparada mueca con los labios.

Parpadeó varias veces. A través del espejo que estaba contemplando, le pareció haber visto algo en el que quedaba a su espalda. Se volvió. Dentro de su marco recargado de símbolos, el otro espejo, velado por el manto de polvo, no mostraba más que un reflejo borroso de la figura de Giovanni con la vela encendida en la mano.

Entonces, muy despacio, se giró para encarar de nuevo el cristal donde se estaba desvaneciendo el nombre de Beatrice. A través de este espejo escrutó el otro.

Con un temblor en todo su cuerpo, comprobó que el fenómeno se repetía. Vislumbraba algo, confuso e indefinido, que parecía sólo existir en el espejo de los símbolos.

Volvió a girarse lentamente, con plena conciencia de sus movimientos, para sobreponerse al miedo que crecía en su interior.

De nuevo, al tenerlo delante, el espejo de los símbolos le presentó su aspecto normal. El cabo de vela iba menguando. La mano notaba ya muy cerca el calor de la llama.

De un modo inexplicable, presentía a Beatrice Balzani muy próxima. Pensó que, al desempañar una parte del espejo de las máscaras, tal vez hubiera despertado algo, una relación misteriosa y oculta entre los dos espejos venecianos.

Su temor dio paso a una nueva excitación: quizá estaba empezando a acariciar un secreto que había permanecido oculto durante muchos años, un secreto que acaso tuviera que ver con la misteriosa enfermedad de Beatrice y su desaparición nunca explicada.

El cabo de vela estaba llegando a su final. No tenía otro. Se había propuesto hacer una incursión breve, sólo con el objeto de acabar con aprensiones infundadas. Ahora lo lamentaba. No quería irse de allí sin examinar más a fondo los espejos. Aprovechó la última luz de la vela para observar los muros donde estaban. Por un momento sospechó que alguien pudiera ocultarse tras ellos, produciendo las extrañas imágenes. Era una posibilidad inquietante. Para acabar con la duda, se armó de valor, salió de la cámara y examinó los muros por detrás.

Nadie había estado allí. El manto de polvo del suelo aparecía intacto, sin el menor vestigio de pisadas. Además, los muros no tenían ninguna abertura que pudiera estar comunicada con la parte trasera de los espejos. Eran muy compactos.

La vela se apagó. Giovanni quedó a oscuras. En aquel mismo instante decidió lo que haría: volver a su habitación por la cornisa, proveerse de nuevas velas y regresar a la cámara

de los espejos. Se orientó por salones y estancias, llegó a la planta superior y, siempre en medio de una gran negrura, dio con la galería por la que había entrado.

Cuando se disponía a abandonar el lugar, tuvo un sobresalto: alguien estaba atisbando por la ventana de su habitación. Giovanni se escondió enseguida tras la balaustrada. Maldiciendo, se dijo que debía de ser Alessandra, pero se cubría con un manto oscuro y no podía ver su cara. Prefería, a pesar de todo, pensar que era ella y no otra persona, cuya presencia resultaría aún más alarmante.

«Tengo cortado el camino de regreso. El bulto en la cama sólo habrá servido para hacer más sospechosa mi ausencia», se lamentó Giovanni, realmente preocupado.

Por el interior del edificio, se deslizó hacia otra de las galerías. Quería tener una visión más clara de su ventana. Empezaba a temer que la acechante figura no fuese Alessandra.

Cuando miró de nuevo, la presencia desconocida se había retirado de la ventana. Pero ésta había quedado entreabierta, como señal de su paso.

Giovanni, escondido, estuvo esperando con atención a que apareciera de nuevo la intrusa.

La noche empezaba a ser desapacible. Nubes densas habían tapado la luna. Pero aún podía ver que la figura del manto no había vuelto a hacer su aparición.

Tras largo rato de espera, Giovanni decidió reaccionar. No podía pasarse toda la noche allí, agazapado. Después de todo, no tenía nada grave que ocultar.

«He entrado en un edificio abandonado: eso es todo. Sería absurdo continuar aquí por más tiempo, escondiéndome como un criminal.»

Aunque le costó lo suyo, hizo de tripas corazón. Esta vez, el paso por la cornisa le resultó mucho más difícil. Notaba un principio de vértigo que no le había atacado en su anterior recorrido.

Ya cerca de la ventana, le acometió el temor de que alguien se asomara de repente para lanzarle al vacío.

Una fuerte ráfaga de aire le empujó contra el muro. Empezó a llover furiosamente.

Giovanni dio los últimos pasos en la cornisa y entró bruscamente en su habitación, decidido a encararse con quien fuera.

Pero no esperaba ver lo que vio: una figura inmóvil yacía lúgubrementemente en la cama. Giovanni notó que su vello se erizaba de nuevo.

Necesitó unos instantes para darse cuenta de que no había nadie. En su alteración, acababa de confundir el bulto que él mismo había dejado en la cama con una presencia extraña.

Una súbita ráfaga de aire sacudió parte de la cortina hacia el exterior de la ventana. Entonces comprendió que ni Alessandra ni ninguna otra persona cubierta con un manto había estado asomada a ella.

La cortina, agitada por el aire, le había engañado con la ayuda de la penumbra y de su propia excitación.

Algo avergonzado de sí mismo, se tranquilizó. Recordó los dos espejos e hizo el propósito de volver cuanto antes a examinarlos.

Cogió tres velas largas, que le darían luz por tiempo más que sobrado. El sonido intenso de la lluvia le hizo apresurarse. La tormenta arreciaba. El fulgor de los relámpagos iluminaba la tétrica soledad del palazzo.

La cornisa, azotada por el viento y el agua, le había ofrecido bastante seguridad cuando estaba seca; ahora, resbaladiza y mojada, todo lo contrario. Tampoco había que olvidar las ráfagas de aire: tenían tal fuerza que podían hacer perder la estabilidad a quien se encontrara en equilibrio precario. Nada hacía pensar que el temporal amainaría. Por las trazas, aún iba a intensificarse. Giovanni pensó que desistir era lo más razonable. Además, era ya muy tarde.

Cerró la ventana para que no siguieran entrando rachas de agua. A la noche siguiente, con condiciones más favorables, llevaría a cabo su segunda incursión en el palazzo.

No renunciaba a investigar el enigma de los espejos venecianos.

DESALOJO POR OSCURAS CAUSAS

Llovió toda la noche y, aunque mansamente, aún seguía haciéndolo por la mañana.

Cuando Giovanni bajó para irse a la universidad, se encontró con que la señora Alessandra estaba esperándole en el zaguán.

—Se presenta una contrariedad —le saludó ella, mirándole con ojos oscuros y fríos.

—¿Cuál? —preguntó Giovanni, con el aire de un inocente estudiante que sólo se preocupa de sus libros y de sus clases.

—El caballero que ocupó la habitación en la que se aloja usted va a volver a Padua. Acabo de recibir un mensaje en el que me avisa de su regreso para antes del anochecer.

—¿Y bien? —dijo el joven, no acabando de creer aún lo que se le estaba insinuando.

—Me siento obligada hacia él. Estuvo aquí una temporada. Tuvo muchas deferencias conmigo, honestas y delicadas. Se trata de un caballero intachable. Merece que se le complazca.

—¿Mi presencia aquí es un obstáculo?

—Lo lamento, pero sí. Él adora la habitación de arriba. Es el único lugar de Padua donde quiere alojarse.

Todos los celos de Giovanni se iban perfilando. Ante sus ojos, aquella mujer le infundía cada vez más sospechas y verdades ocultadas. No obstante, opuso una protesta levemente airada:

—Quien ocupa una habitación tiene preferencia sobre cualquier aspirante. Estoy al corriente de pago y tengo intención de quedarme.

—Pagó usted una semana. Se ha cumplido ya. No hay motivo para discutir más —puntualizó ella, impávida y lejana.

Giovanni estuvo a punto de replicar: «¡Y todo porque anoche me di una vuelta por el palazzo! ¿Qué trata usted de ocultar o encubrir? ¿Qué sabe realmente? ¿Por qué quiere impedir que yo vuelva a entrar en la mansión de los Balzani?».

Sin embargo, se lamentó:

—No tengo otro lugar adonde ir, señora. Usted lo sabe.

—Ya me he ocupado de todo mientras dormía usted.

—¿Tiene alguna otra habitación disponible?

—En esta casa no se alquila más habitación que la de arriba —opuso ella, como si el solo hecho de sugerir otra cosa fuese un ultraje.

—¿Entonces?

—Hay una pequeña habitación libre en la hostería Veneciana. Muy modesta, por descontado, pero la podrá tener a buen precio. Una de las criadas ha tenido que marcharse por causas familiares. Tardará en volver. Usted ocupará esa alcoba. Ya lo tengo todo hablado. Como ve, no voy a dejarle en la calle.

Giovanni veía esfumarse la posibilidad de volver a examinar los espejos aquella misma noche, lo que le contrariaba mucho. Intentó resistirse:

—Si me permite decirlo, dispone usted de mí con excesiva ligereza, señora. Un huésped libremente aceptado no es un mueble que se lleva y se trae según cambie el viento. Todo esto me coge de sorpresa. No sé qué decirle. Si me deja unos días para pensarlo...

—No puedo dejárselos, porque no dispongo de ellos. Creo habérselo dicho con claridad: no todos los compromisos tienen el mismo grado. Sea amable y recoja sus cosas. En la Veneciana estará usted en su ambiente: es un lugar de estudiantes.

Giovanni alimentaba una sospecha. Concibió un plan y considero estratégicamente adecuado acceder a lo que Alessandra le pedía. Con cara entre dolida y resignada, asintió:

—Bien. Ya que así lo quiere usted, renunciaré a mis derechos de huésped. A ello me impulsa una doble cortesía: es usted mujer y mayor que yo en edad.

—Gracias —dijo ella secamente, aunque aliviada por no tener que entrar en nuevos forcejeos verbales—. Sabía que entraría usted en razón. Desde que le vi supe que era un joven sensato.

—Volveré a primera hora de la tarde para recoger todas mis cosas. Ese caballero tan distinguido podrá instalarse sin impedimentos al anochecer.

—En su nombre, le doy las gracias —concluyó ella, dando el asunto por zanjado.

Giovanni estuvo gran parte de la mañana esperando a que se le presentara una buena ocasión para hablar a solas con Lena, y Paolo.

El profesor Amadio se explayó analizando distintos escollos de la gramática. El joven napolitano a duras penas conseguía fingir que le escuchaba. La sesión se le hacía interminable.

Cerca del mediodía, en un descanso, los tres amigos pudieron celebrar el aparte. Giovanni les contó todo lo ocurrido, haciendo especial mención de los espejos venecianos y sus desconocidas propiedades. Ellos escucharon con atención y, tras resistirse al principio, se mostraron al fin dispuestos a ayudarle.

Acabada la secreta conversación, Lena salió de la universidad. Iba a cumplir una misión que Giovanni le había encomendado. Paolo iría a relevarla más tarde.

A primeras horas de la tarde, Giovanni y Paolo llegaron furtivamente a las inmediaciones de la casa de la enigmática Alessandra.

Lena, que fingía merodear por allí, se les acercó al verlos y dijo con desánimo:

—Nada. Ella ni siquiera ha salido.

—¿Ha venido alguien? —preguntó el napolitano.

—Ni un alma. Mi vigilancia no ha servido para nada.

—No lo creas, Lena. Lo que ha ocurrido es lo que yo esperaba —dijo Giovanni—. Gracias, de verdad. Ahora, déjalo todo en nuestras manos.

—¿Seguro que no me vais a necesitar? —apuntó ella, aunque se le veía con ganas de marcharse.

—Paolo dispone de mayor libertad. Nadie le echará de menos. Él me ayudará a cubrir la tarde. Vuelve a casa, Lena; será lo mejor.

—De acuerdo. Ya me diréis mañana qué ha pasado.

Mientras Lena se retiraba y Paolo permanecía de guardia en las proximidades, Giovanni fue a desocupar la habitación, como había prometido por la mañana.

Fue metiéndolo todo en la bolsa de cualquier manera. De vez en cuando, miraba a través de la ventana. Pero sus ojos no le estaban diciendo adiós a la mansión Balzani.

Al final, actuando de un modo perfectamente calculado, olvidó uno de sus libros en lo alto del armario.

La despedida de la señora Alessandra fue sucinta y rápida.

—Le deseo suerte en sus estudios —dijo ella.

—Gracias. Yo también se la deseo a usted —correspondió Giovanni, aunque en un tono que parecía poner en duda que ella fuese a tenerla. Y, con velada sorna, añadió—: Presente mis respetos al caballero que está al llegar. Espero que lo encuentre todo de su agrado.

Ella no respondió. Luego, estuvo un rato con la puerta entreabierta, viendo como se alejaba el estudiante con su bolsa. Parecía querer asegurarse de que se iba para no volver jamás. Finalmente, cerró muy despacio.

Paolo, oculto hasta entonces, empezó a vagar por las calles colindantes. Se cruzó con Giovanni, pero entre ambos no se intercambió ni una mirada. Paolo sabía muy bien qué tenía que hacer; el napolitano se lo había explicado con detalle.

La nueva habitación en la hostería Veneciana era en verdad muy precaria. Se encontraba al final de uno de los angostos corredores de la planta baja.

La puerta no se podía abrir totalmente porque, a la mitad de su recorrido, tropezaba con la cama. La única vista al exterior era un ventanuco enrejado que daba a un callejón sin salida, donde abundaban los desperdicios. El pobre y escaso mobiliario estaba mugriento y desvencijado. No había armario; tan sólo un hueco en un muro, tapado por una cortina remendada que no alcanzaba a cubrirlo por entero.

Sin embargo, aquellas incomodidades, que en otro momento quizá hubieran desmoralizado a Giovanni, apenas le hicieron mella. Era muy distinto lo que en verdad le preocupaba.

Dejó la pesada bolsa en un rincón y se tendió en el crujiente camastro. Con la mirada fija en la suciedad del techo, se centró en la espera que tenía por delante.

A la entrada de la noche, se puso un capote que aún no había usado en Padua. Quería evitar ser reconocido fácilmente y a distancia.

Salió de la hostería y anduvo con rapidez por las calles oscuras. Hacía una noche fría, soplaban un viento helado. Los escasos transeúntes andaban presurosos y encogidos. Padua parecía una ciudad abandonada a toda prisa por sus últimos habitantes.

Giovanni temió que Paolo, acosado por las inclemencias de la intemperie, se hubiese cansado de esperar.

Pero no: aunque aterido, había aguantado a pie firme, refugiado en un soportal desde donde podía vigilar el edificio de la señora Alessandra sin ser visto por ella.

—¿Ha venido? —le preguntó enseguida Giovanni.

—No —repuso el otro con visible fastidio.

—Lo suponía.

—Nadie se ha acercado a la casa —remachó Paolo.

—Y ella, ¿ha salido?

—Dos veces.

—¿Te ha visto?

—No.

—¿Dónde ha ido?

—No lo sé. Me has dicho que no la siguiera, que me quedara aquí por si venía el hombre.

—Paolo no parecía estar poniendo mucho entusiasmo en las pesquisas de Giovanni.

—Es verdad. ¿Ha estado mucho tiempo fuera?

—La primera vez, no. Fue poco después de tu marcha. La otra salida sí que ha sido larga, dos horas, o más.

Giovanni hizo una mueca y dijo:

—De modo que está esperando la inminente llegada de su huésped predilecto y, para mejor recibirle, deja la casa sola todo ese tiempo. Ya, ya... Seguro que él no ha venido, ¿verdad?

—Ya te lo he dicho —confirmó Paolo, con ganas ya de marcharse—, la señora está dentro desde hace rato.

—Te debo un buen favor —dijo el napolitano, aprestándose a dar el siguiente paso.

—¿Qué vas a hacer ahora?

—Me las entenderé con ella.

—¿Estás seguro de que te mintió?

—Desde luego. Y ahora lo pondré en claro.

—¿Por qué lo habrá hecho? —preguntó Paolo, aunque sin demostrar mucho interés.

—Eso no lo sé. Y es el aspecto más interesante.

—Me voy a la hostería. ¿Vendrás luego?

—No me esperes.

—Hasta mañana —se despidió Paolo, contento de poder irse.

Giovanni dejó que su amigo se marchara y luego se encaminó lentamente hacia la casa donde había vivido hasta aquella mañana. Tuvo que dar varios golpes con la aldaba hasta que apareció Alessandra.

—No pensaba que fuese usted —dijo ella, hosca.

—Siento molestar a estas horas. Lo hago por necesidad, créame —explicó Giovanni.

—¿Qué ocurre?

—Dígame: ¿ha llegado ya el caballero?

Alessandra, cortante, repuso enseguida:

—Sí, tal como había anunciado. Es una persona de palabra —puntualizó con satisfacción. Y añadió—: Está ya arriba, instalado.

—No sabe cuánto lo lamento, señora.

—¿Por qué? —preguntó ella, en guardia, sin franquearle la entrada.

—El caso es que... —empezó a decir el estudiante, con aire compungido— esta tarde, al recoger, he olvidado algo.

—¿El qué? —inquirió la mujer, impaciente.

—Un libro. Una gramática latina encuadernada en negro.

—Venga mañana por ella, y se la daré.

Alessandra empezó a cerrar la puerta. Giovanni se interpuso.

—¿No podría recuperarla ahora? Me haría usted un gran favor. La necesito esta misma noche. Tenga en cuenta que el traslado me ha ocasionado mucho trastorno. Esto lo agrava. Le ruego que haga cuanto esté en su mano por resolverme el problema.

Ella dudó unos instantes y luego, dejándole entrar al zaguán, decidió:

—Espere aquí. Voy a ver si puedo arreglarlo.

Giovanni la vio desaparecer escaleras arriba. Inmediatamente manipuló una de las ventanas del vestíbulo y la dejó entornada, de modo que pudiera ser abierta desde la calle. La penumbra disimulaba a la perfección el pequeño cambio realizado: en apariencia, la ventana estaba como antes.

—El caballero está descansando ya —aseguró la señora a su regreso de la planta superior—. No se le puede molestar. Ha hecho un viaje largo. Vuelva mañana. ¿Dónde ha dejado el libro?

—Supongo que en lo alto del armario. Creo haberlo puesto allí. Eso explicaría que no lo haya visto al salir.

—Ya lo encontraré. Pero ahora, váyase.

—Vendré mañana muy temprano, se lo advierto.

—No le abriré antes de las ocho. Venga a partir de esa hora.

—El libro me hace mucha falta.

—No habérselo olvidado. Buenas noches.

Giovanni se alejó del edificio. La primera artimaña había resultado. Ahora estaba aún más seguro: lo del regreso del caballero era una invención de Alessandra. Había querido distanciarle. Pero ahora tenía un buen modo de volver a entrar en la casa.

Quizá esa misma noche pudiera sacar conclusiones inesperadas.

VOLVER COMO UN EXTRAÑO

EN la quietud de las altas horas de la noche, Giovanni penetró sigilosamente en la casa, a través de la ventana manipulada.

Escuchó atentamente. Todo estaba oscuro y en calma. Era lo que necesitaba. Conocía lo bastante el edificio como para moverse por él sin luz.

Tomándose todo el tiempo necesario para cada peldaño, fue subiendo a tientas hacia la planta alta. A cada momento se detenía, con el oído atento al menor ruido que pudiera avisarle de algo. Quería evitar toda posibilidad de ser descubierto por Alessandra.

Llegado sin contratiempo al final de la escalera, pudo moverse a sus anchas. Arriba también reinaban el silencio y la oscuridad. Avanzó hacia la puerta de la que había sido su habitación. Se detuvo ante ella y escuchó.

Ni el más ligero rumor indicaba que hubiese alguien dentro. Permaneció un buen rato en aquella posición: ni ronquidos, ni respiración pesada, ni leves crujidos de la cama; nada.

No le sorprendió. Daba por cierto que la habitación no estaba ocupada. El autor de la carta inacabada no había vuelto allí. Lo que Giovanni empezaba a preguntarse era si alguna vez se había marchado por su propia voluntad y a salvo.

Abrió lentamente la puerta, convencido de que no encontraría a nadie. Tan seguro estaba que tardó unos momentos en darse cuenta de su error. Cuando lo hizo, estaba ya a unos pasos de la cama. ¡Y estaba ocupada!

Quiso retroceder, pero las fuerzas le flaquearon. A través de la cortina entreabierta, entraba la lívida claridad lunar. Acostumbrado como estaba a la oscuridad, tenía bastante con aquella insignificante luz para ver que la cama había sido deshecha. Sobre el colchón no había más que una sábana. Y debajo de ella, enteramente tapado, algo que abultaba exactamente igual que un cuerpo humano.

Recordó que él había amañado un truco la noche antes. Sin embargo, tenía el infausto convencimiento de que no se trataba de nada semejante. No supo de dónde sacó el valor para hacerlo, pero, aunque la tensión del miedo le dominaba, fue hacia la cabecera de la cama y levantó la parte superior de la sábana.

Un hombre mayor yacía boca abajo. Su cuerpo tenía la rígida y abandonada inmovilidad de los cadáveres. Giovanni, horrorizado, se sintió en presencia de la obra de la muerte; de una muerte que aún podía seguir amenazando.

Los latidos del corazón parecían no caberle en el cuerpo al estudiante. Tras él se alzaba el gran armario con las puertas abiertas de par en par. Lo presintió como una tétrica trampa. De pronto, en un esfuerzo desesperado por sortearla, se volvió, se acercó al mueble vacío y, alzándose sobre los pies y estirando un brazo, cogió el libro que había dejado allí. Cuando lo tuvo, lo estrechó fuertemente entre los brazos, como si fuese su tabla de salvación. Y ya sólo se preocupó de abandonar la estancia antes de que ocurriera algo espeluznante.

Caminó hacia atrás, en dirección a la puerta, sin dar la espalda al cuerpo que estaba en la cama, por si se incorporaba súbitamente y se acercaba a él con algún horrible propósito.

Ya fuera, un poco más aliviado, empezó a cerrar la puerta, rogando para que no chirriara.

En el último instante, cuando ya no podía ver la cama ni la presencia inerte que la ocupaba, percibió parte de la imagen nocturna del palazzo a través del cortinaje. De nuevo sintió que allí algo le concernía y le llamaba.

Mientras, a ciegas, caminaba hacia la escalera, tuvo la inquietante sensación de que la señora Alessandra, con una perversa sonrisa triunfal, estaba mirándole desde las tinieblas como si él hubiese caído en una encerrona al penetrar en la casa.

Bajó la escalera a trompicones, como un borracho. Su ebriedad era la del miedo, en un grado supino. El libro estuvo a punto de caérsele de las manos. Absurdamente, consideraba imprescindible llevárselo. Una vez en el zaguán, la proximidad de la ventana de escape le dio esperanza. Su única obsesión consistía en salir de aquella tenebrosa casa cuanto antes.

Con enorme alivio, comprobó que nadie había atrancado la ventana. Tenía la salida despejada. Saltó a la calle como si escapara de un peligro mortal.

Un fuerte temblor interno le siguió acompañando mientras se alejaba. No miró ni una sola vez atrás.

En la mezquina alcoba de la hostería el paso de las horas le fue dando una visión más real de lo ocurrido.

Así pudo considerar algo que en su momento no había asimilado: en su antigua habitación —ahora lo recordaba muy bien— no había ni un solo bulto o equipaje. El armario estaba tan vacío como él lo había dejado. Y, puesto que ningún caballero viajaba sólo con lo puesto, no veía ni la más remota posibilidad de que el hombre que yacía tapado con la sábana fuese el autor de la carta inacabada.

Y si lo era, pensó, no había llegado allí por sus propios pies. Para Giovanni estaba casi fuera de duda que se trataba de un hombre asesinado.

En las horas siguientes estuvo a punto de ir a denunciar el caso varias veces. Luego, cercana ya la madrugada, pensó que antes podía utilizar lo que sabía para llegar al fondo del secreto del palazzo. Sospechaba que la extraña conducta de Alessandra y la presencia del cuerpo desconocido guardaban alguna relación con el misterio de algo ocurrido hacía más de cien años: la desaparición de Beatrice Balzani.

Y no se equivocaba en su presagio.

Con las primeras luces del alba, Giovanni volvió a los alrededores de la casa de Alessandra. No hizo ningún esfuerzo por ocultarse. Aquella mujer debía de estar comprometida en un oscuro asesinato. Eso le dejaba a él un importante as en las manos y estaba dispuesto a utilizarlo.

Cuando los campanarios de Padua llenaban el aire con los tañidos de las ocho de la mañana, Giovanni, casi al mismo compás, llamaba con la aldaba. Paladeaba de antemano su victoria: Alessandra, no tardando, iba a quedar a su merced.

Abrió con cara de no haber dormido nada. El estudiante pensó: «Estamos iguales».

Ambos se miraron largamente. Medían sus fuerzas. Se estudiaban como dos enemigos antes de un enfrentamiento enconado. Giovanni decidió jugar un rato.

—Vengo por el libro —le recordó, como si la recuperación del volumen fuera lo único que le importaba—. Confío en que el caballero ya se encuentre levantado. Los estudiosos como él suelen despertarse temprano, va con su temperamento.

—No hay ningún libro en el armario —replicó ella, con tal sangre fría que Giovanni quedó algo desconcertado.

«Debe de ser una criminal consumada», pensó. Luego, prosiguió su mordaz acoso en voz alta:

—Ah, ¿no? ¿Se lo ha preguntado usted a ese señor?

—Lo he mirado yo. Él salió muy de mañana. El libro no está allí.

El joven estaba cada vez más perplejo ante el cinismo y el aguante de aquella mujer. No obstante, siguió estrechando el cerco sin perder la compostura.

—¿Cuándo volverá su distinguido huésped?

—¿Por qué quiere saberlo? —inquirió, malcarada.

—Por si se ha llevado el libro, creyéndolo sin dueño.

Las palabras de Alessandra sonaron rápidas y tajantes:

—Él nunca haría algo así sin preguntármelo. Está usted confundido. Su dichoso libro no está en esta casa. Nuestra relación terminó ayer. No tiene derecho a molestarme.

—No sería extraño que ese caballero se lo hubiese llevado. Un libro siempre puede despertar la curiosidad de un erudito. No es nada deshonesto si lo ha cogido. Al contrario, es muy natural y comprensible. Yo mismo hablaré con él y quedará todo aclarado. ¿A qué hora volverá el caballero?

La mujer respondió airadamente:

—¡No lo sé ni me importa! Tiene cosas que hacer en varios lugares de la comarca. Acaso no vuelva en unos días. O quizá sí. No me da cuenta de sus actos. No me meto en sus asuntos. Nunca lo he hecho con nadie. ¡Tome usted ejemplo y váyase!

Ella hizo intención de cerrar la puerta bruscamente, pero Giovanni se lo impidió bloqueándola. De todos modos, estaba sorprendido. La desfachatez y el aplomo de Alessandra eran muy superiores a lo que había esperado. Pero creyó que pondría fin a sus disimulos dándole a entender que sabía que en la casa había un hombre muerto:

—Dígame, señora —empezó a decir en tono retador—, ¿sabe qué significa que el cuerpo de un hombre esté cubierto con una sábana de la cabeza a los pies? Para usted la respuesta es muy fácil.

Ella lo miró furiosa. Pero no mostró ningún temor por la alusión. Al contrario, su agresividad aumentó:

—¡No me interesan sus adivinanzas! ¡Váyase y no vuelva! ¡Si me sigue molestando, se lo comunicaré a las autoridades de la universidad!

—¿No cree que es usted quien corre el riesgo de ser denunciada por algo muchísimo más grave?

—¡Fuera de aquí! —gritó Alessandra, empujándole con fuerza y cerrando la puerta como una catapulta.

Giovanni se quedó con el amargo sabor del fracaso. Había salido derrotado de la escaramuza. Se apartó lentamente de la casa. Ya empezaba a dudar si había visto o no el cuerpo sin vida: «Una de dos: o esa mujer tiene una sangre fría diabólica o yo fui víctima de una alucinación incomprensible.»

Pero se negaba a admitir la segunda posibilidad. Aún veía el bulto rígido bajo la sábana y los grises cabellos, caídos sobre la inmóvil cara.

El recuerdo era nítido y claro. No podía atribuirlo a una confusión de los sentidos. Notaba también el tacto de la sábana en la mano. No podía haberse engañado tanto.

Como hablando a distancia con la mujer, dijo:

—Muy pronto volveremos a vernos. Tus odiosas arterias no me cerrarán el paso a los espejos venecianos ni al secreto de Beatrice Balzani. Al final seré yo quien gane la partida y tú tendrás que rendir cuentas por tus siniestros engaños.

DE LOS ESPEJOS VENECIANOS

GIOVANNI llegó a la universidad como un sonámbulo. Su rostro acusaba la serie de emociones y estragos de las últimas horas.

El grupo llevaba ya un buen rato clasificando documentos en el archivo histórico. El napolitano vio con alivio que Amadio no estaba en la sala. Se había temido una fuerte amonestación por llegar tarde.

—Ha preguntado por ti —le susurró Paolo, refiriéndose al profesor—. De muy mal talante.

Lena se acercó enseguida y le preguntó en voz baja:

—¿Se puede saber qué te traes entre manos?

—Ha ocurrido algo muy grave —murmuró Giovanni, que aún no había decidido qué iba a contarles. Ante las caras expectantes de sus dos amigos, añadió—: Creo que Alessandra es cómplice de hechos criminales.

Los otros alumnos del curso, adivinando que ocurriría algo raro, estaban con el oído alerta. Giovanni se dio cuenta y dijo:

—Luego, a solas, os lo contaré. Ahora tengo algo que hacer. Perdonadme.

La sección de ciencias físicas estaba en uno de los altillos de la biblioteca universitaria. Giovanni subió allí discretamente. Quería pasar tan inadvertido como fuera posible.

Localizó sin dificultad diversos tratados de óptica y monografías sobre lentes convexas y cóncavas. Ojeó algunas de aquellas obras. No le ofrecían nada de lo que buscaba.

Sin embargo, al devolverlas al estante, vio que detrás de la primera hilera de volúmenes había otros libros, penosamente cubiertos de polvo.

Introdujo el brazo y rebuscó. La mayoría de ellos se encontraba en muy mal estado. Probablemente se habría considerado que no merecía la pena restaurarlos. La humedad y el abandono estaban haciendo la tarea final.

Ya casi desesperaba de encontrar algo de interés cuando dio con un pequeño ejemplar que tenía estampado el título: *De los espejos venecianos (y sus ocultas propiedades)*.

El libro había sido editado en Venecia. La fecha de impresión y el nombre del autor no figuraban. En las portadillas había unas iniciales manuscritas medio borradas, lo que indicaba que el pequeño volumen había tenido un dueño particular antes de pasar a los fondos de la universidad. Los caracteres del texto eran toscos y no muy legibles a la pobre luz del altillo. La obra contenía algunos grabados que allí apenas podían apreciarse.

Sin pensarlo dos veces, Giovanni decidió sustraer el libro. Tras asegurarse de que no podía verle nadie, se lo introdujo en el jubón y lo sujetó bajo el brazo.

Estaba estrictamente prohibido llevarse obras de la biblioteca sin permiso. No obstante, mientras recolocaba los otros tomos del estante, el napolitano pensó: «¿Quién lo echará de menos? Lleva aquí años y nadie le ha hecho el menor caso. Quiero leerlo con calma, sin gente alrededor. En unos días lo devolveré, y en paz».

Bajó a la sala general, pendiente de que debía tener el brazo unido al cuerpo. Si se descuidaba, el libro podía caer a sus pies ante todas las miradas, poniéndole en incómoda evidencia.

Volvió al archivo histórico. Sus compañeros estaban enfrascados en la tarea que Amadio les había ordenado. Tendrían trabajo para el resto de la mañana.

Giovanni se sabía incapaz de aguantar allí tanto tiempo, con el libro bajo el brazo, y sin poder enterarse de su contenido. Se acercó a Lena y, sigiloso, le dijo:

—Tengo que irme. Podemos vernos luego, a las dos, en la plaza del mercado. Avisa a Paolo; a los demás, ni una palabra.

—De acuerdo.

—Si Amadio pregunta por mí, dile que me he ido porque me encontraba mal.

—No sé cómo se lo tomará —avisó ella, aunque se daba cuenta de que nada haría desistir a Giovanni.

—Otra cosa: intenta averiguar por qué no está en su sitio el legajo histórico de la familia Balzani. Hazlo como si fuese una simple curiosidad tuya. Pregúntaselo al jefe del archivo sin mencionarme a mí para nada. ¿Me harás ese favor?

—Lo intentaré —dijo Lena, no de muy buena gana.

Giovanni abandonó la sala ante las miradas curiosas e intrigadas de los otros miembros del grupo.

Una vez fuera de la universidad, se dirigió rápidamente a la hostería. En su mísera habitación dispondría de la soledad y la calma necesarias. A aquella hora nadie le molestaría allí.

Como un ladrón que examinara su botín, Giovanni, con la puerta de su cuarto cerrada, sacó a la luz el volumen sustraído. Estaba tibio. Era el momento de recoger el fruto. Acercó una banqueta al ventanuco enrejado y ávidamente empezó a leer.

Había una introducción en la que se exponían hechos extraños y asombrosos, relacionados con espejos de muy diversas clases, desde la antigüedad hasta finales del siglo XVI.

El estudiante no se detuvo demasiado en las primeras páginas.

Quería llegar cuanto antes a la materia que el título del libro anunciaba. Enseguida la encontró, y sobre ella pudo leer:

Entre los espejos venecianos salidos de los famosos talleres de la isla de Murano, constituyen categoría especial los creados por el maestro Guido Forlani.

Aquel gran artífice dio origen a una edad de oro. Con él, el eterno misterio de los espejos y sus espacios mágicos llegó a la cima más alta.

Según numerosos testigos, los espejos creados por Forlani producían, bajo determinadas circunstancias, imágenes sobrenaturales. También respondían a veces, como objetos vivos y sensibles, al estado de ánimo de quienes en ellos se contemplaban. Se asegura asimismo que las personas que los poseen tienen conocimiento a través de ellos de misterios del pasado y del futuro, y de muchas otras cosas que no podrían saberse de otra manera.

Por desgracia, no fueron demasiados los espejos que salieron de las prodigiosas manos de Guido Forlani, a pesar de sus muchos años de sublime dedicación al oficio. Cada una de sus obras exigía un lento y difícil proceso de creación. Se calcula que fueron alrededor de cien, como mucho, los espejos que llegó a construir a lo largo de su vida. Pero es una cantidad muy inferior la que queda en la actualidad. Algunos desaparecieron misteriosamente, otros fueron destruidos por causas poco claras: unos cuantos fueron robados y están en paradero desconocido, mientras otros se perdieron en incendios y terremotos.

Por todo ello, hoy constituyen rarezas de valor incalculable; muy codiciadas por coleccionistas, amantes de las antigüedades y estudiosos de las artes ocultas.

Todos los espejos Forlani son de grandes dimensiones. Pueden ser identificados, además de por sus marcos de madera labrada, con máscaras, símbolos y otras diversas ornamentaciones, por sus dos iniciales en plata: G y F, incrustadas en la parte inferior derecha del marco.

Guido Forlani se llevó a la tumba el gran secreto de la creación de sus espejos legendarios. Nunca dio a conocer la fórmula ni los procedimientos que hacían que sus obras fuesen distintas de todas las demás. Con él murió un secreto único. Pero sus espejos, los pocos que aún quedan, siguen siendo motivo de asombro y fascinación para el escaso número de personas que tienen el privilegio y la fortuna de contemplarlos».

Giovanni interrumpió la lectura. Estaba sereno y emocionado a la vez. No le cabía duda: los dos espejos venecianos del palazzo eran de Forlani.

Unos golpes en la puerta le sobresaltaron. Su primera reacción, antes incluso de preguntarse quién llamaba, fue la de ocultar el libro bajo el revoltijo de sábanas y mantas que había en la cama. Los golpes se repitieron. Nadie hablaba.

Giovanni fue hacia la puerta, abrumado por un mal presagio. Recordó el cuerpo del hombre cubierto por la sábana. Abrió de un tirón.

—¿Qué le ocurre, Conti? —inquirió, ceñudo, el profesor Giacomo Amadio.

La sorpresa fue considerable, pero Giovanni se sintió íntimamente aliviado. Improvisando como pudo, mintió con aire afligido:

—Los dolores de cabeza son mi cruz, profesor. Ya de niño empezaron a atacarme. Últimamente no me habían molestado, pero desde hace unos días...

—Debería verle un médico cuanto antes. En Padua contamos con algunos eminentísimos. Le recomendaré al doctor Ficino: me honro con su amistad y es el más entendido.

—No será necesario que se tome usted la molestia, profesor —atajó decididamente Giovanni—. Esos dolores no tienen importancia, tal como vienen se me van. No los causa nada grave, lo sé desde hace tiempo. Pero molestos sí son. se lo aseguro. Cuando los sufro, me es difícil concentrarme. Mañana ya estaré bien.

Aunque apenas había espacio para los dos, el catedrático se introdujo en el cuarto y cerró la puerta. Mirando atentamente a Giovanni, le explicó:

—Le seré franco: me preocupa usted, Conti. Mi interés por los alumnos no se limita a las clases. Y menos aún cuando se trata de jóvenes procedentes de tierras lejanas, como es su caso. Usted no tiene a nadie en Padua. Puede sincerarse conmigo. Dígame, aparte de los dolores de cabeza —descartó, como si no creyera en su existencia—, ¿algo le inquieta o le preocupa? ¿Tiene algún problema de adaptación?

—Ninguno, en absoluto —respondió Giovanni, evitando la mirada del profesor.

—Celebro oírlo, pero no me deja muy convencido.

—Le aseguro que no hay motivo alguno para que usted se preocupe —insistió el napolitano—. Todo se reduce a un malestar pasajero que pronto se desvanecerá.

—Bien. Mejor así. Y ahora, cambiando de tema —dijo Amadio, mientras sus ojos recorrían la pobre habitación—. ¿cómo es que vive aquí? ¿No me había dicho que tenía alquilada una habitación junto al palazzo Balzani?

—La dueña cambió de parecer.

—¿Tan pronto? ¿Algo en su conducta desagradó a esa señora? No nos gusta que nuestros estudiantes den que hablar ni que causen molestias. El buen nombre de la universidad no ha de ser puesto en entredicho por causas semejantes.

—No fue nada de eso, puedo garantizárselo. Un antiguo huésped, hacia el que ella se sentía obligada, solicitó ocupar de nuevo la habitación —Giovanni había decidido repetir las mentiras de Alessandra sin añadir nada de su parte. Consideraba primordial ocultarle al catedrático todo lo que estaba investigando. Quería seguir por su cuenta, y con libertad de acción, hasta que decidiera llegado el momento de abandonar o le resultara conveniente acudir a Amadio—. Ella me rogó que dejara libre la estancia y yo accedí, aunque no sin pesar, lo reconozco.

—Me tranquiliza usted. A veces, los estudiantes se comportan de manera reprobable en los lugares donde están alojados.

Amadio estuvo algunos minutos más en el cuartucho. Le hizo varias preguntas acerca de cuestiones académicas, pero apenas prestaba atención a las respuestas que Giovanni le daba.

Al quedar a solas, el estudiante se sintió profundamente aliviado. Había logrado salvar felizmente la situación. No todos hubiesen conseguido quitarse tan fácilmente de encima a Giacomo Amadio. Aquel pequeño logro le dio ánimos.

UNA ADVERTENCIA SUBRAYADA

LENA y Paolo esperaban en la plaza del mercado. Sus semblantes parecían contrariados.

—No hemos podido evitarlo —dijo Paolo en cuanto llegó Giovanni—. Amadio se ha enfurecido al saber que habías estado sólo un rato en el archivo. ¿Ha ido a verte?

—Sí. Me ha pillado desprevenido. Pero he salido bien del apuro. He inventado unos dolores de cabeza que se supone que me atacan de vez en cuando.

Lena aclaró, disculpándose:

—Le he dicho que te habías cambiado a la hostería, porque iba a ir a la casa de Alessandra. He pensado que no convenía que Amadio se presentara allí en estos momentos. Se ha quedado muy sorprendido al saber lo de tu mudanza. Pero no le hemos dicho nada de las causas.

Giovanni aprobó:

—Habéis actuado como convenía. Es importante que nadie se entere de lo que está ocurriendo.

—Algunos del curso empiezan a recelar —avisó Paolo—. Se han dado cuenta de que andamos con secretos. Tu conducta de hoy les ha llamado la atención. Y como saben que estuviste en una habitación junto al palazzo Balzani...

—Hay que mantenerles a distancia —le cortó Giovanni—. Si algo tienen que saber, lo sabrán más adelante. Amadio en especial: es el más peligroso.

—El director del archivo me ha dicho que el legajo Balzani desapareció hace unas semanas —informó Lena.

—¿Eso es todo? —preguntó Giovanni—. ¿Qué explicación puede haber?

—Alguien se lo llevó. No han podido averiguar quien ha sido. Y no ha vuelto a saberse nada desde entonces.

—No sé de qué manera, pero creo que todo lo que sucede ahora tiene que ver con la maldición del astrólogo y la desaparición de Beatrice. De forma extraña, el pasado influye en los acontecimientos actuales —dijo Giovanni.

—Beatrice, la que nunca murió —recordó Paolo—. Lena me lo ha contado. Es una leyenda interesante. Pero, ¿qué vas a sacar en claro de unos hechos tan lejanos? ¿Por qué te empeñas tanto en removerlos?

—No lo he decidido yo. Primero fue el azar: a causa de mi retraso en la llegada fui a parar a aquella habitación. Después, todo se ha ido encadenando.

Les habló entonces de Guido Forlani y del libro de los espejos venecianos. Después, midiendo mucho sus palabras, se refirió al hombre que había visto en su antigua habitación. Finalmente, comentó:

—En aquellos momentos creí que estaba muerto. Ahora tengo dudas. Quizá estuviera bajo los efectos de algún sedante. El aguante de esa mujer me ha desconcertado. Le he dado a entender que sé lo que sé, y no se ha inmutado. Hasta me ha amenazado con ir a quejarse a la universidad.

Paolo se mostraba preocupado y dijo:

—Este asunto cada vez me va gustando menos. ¿No has pensado en denunciarla?

—Sí, pero he decidido no hacerlo. Han pasado demasiadas horas. Si ahora registraran la casa, seguro que no encontrarían ni rastro de aquel cuerpo. Sería inútil. Ellos ya se habrán movido.

—¿Quiénes? —preguntó Lena.

—No lo sé. Ella y alguien más. Creo que tiene cómplices o actúa a las órdenes de otra persona.

—¿No temes que al callar, te conviertas en cómplice tú también? —tanteó Paolo, haciéndole partícipe de sus propios temores.

—Hablaré a su debido tiempo. Quizá muy pronto. Cuando sepa más cosas para inculparlos. Pero antes necesitaré un margen para actuar por mi cuenta. ¿Estáis dispuestos a seguir ayudándome?

Paolo estaba muy remiso. Explicó:

—La verdad, todo esto me impone un poco. Acepto ayudarte, como ayer, pero no quiero andar entre continuos sobresaltos. Soy una persona más bien tranquila, no sirvo para algunas cosas.

—Ni yo te las pediré, Paolo. Podrás ayudarme sin pasar ningún mal rato.

Lena dijo a su vez, esquiva:

—Mis movimientos están muy limitados, sobre todo de noche. No puedo andar por ahí. Mis padres no lo permitirían, hazte cargo.

—No pretendo que hagas nada que no puedas hacer.

Ella, de pronto, cambió de tono:

—¿No eres tú, Giovanni, quien se propone cosas que no puede hacer?

—Explícate mejor —le pidió el napolitano, con un gesto de impaciencia.

—Perdona, pero creo que estás yendo demasiado lejos —Lena le hablaba como si le doliera lo que estaba diciéndole, pero consideraba que debía hacerlo—. Una cosa es sentirse atraído por la leyenda de un lugar que has conocido, y otra muy distinta andar entrando por las noches en las casas y encontrándose con muertos que no se sabe si lo son.

—Vamos a ver —dijo Giovanni crispado—, entonces, según tú, según vosotros —corrigió incluyendo a Paolo, que parecía incomodo ante la situación que se estaba creando—, ¿qué es lo que tengo que hacer?

—Olvidarte del asunto por unos días y esperar a ver qué pasa. Será lo más práctico —respondió Lena.

Al napolitano no le cabía en la cabeza que sus amigos le pusieran tantas objeciones y demostraran tan poco interés por el misterioso asunto que tenía entre manos. Sin embargo, no quiso entrar en discusiones. Tampoco esperaba que Lena y Paolo avanzaran con él hombro a hombro, sino sólo que le siguieran ayudando en cosas concretas, como habían venido haciendo hasta entonces. Tratando de ganárselos de nuevo, añadió en tono conciliador:

—No os pido que aprobéis todo lo que hago, pero sí que en ciertos momentos seáis la prolongación de mis ojos y mis manos, sin meteros en situaciones difíciles ni comprometeros en nada. ¿Os parezco muy abusivo o muy pesado? Por favor, vuestra ayuda me hace falta.

Lena estuvo pensando unos momentos. Luego, más propicia, aunque sin ningún entusiasmo, preguntó:

—¿Cómo puedo ayudarte?

Giovanni respondió de inmediato:

—Escarba cuanto puedas en la historia de Beatrice Balzani.

—Todo lo que saben mis padres ya te lo he dicho.

—Pregunta a otros parientes, a gente conocida, a quien sea, personas de edad, a ser posible. Ellos son quienes podrán recordar más detalles. Ya que los documentos escritos han desaparecido, acudiremos a los recuerdos vivos. Por cierto, me gustaría mucho saber cómo se llamaba el pariente de Beatrice.

—¿El que estuvo porfiando para convertirse en su marido? —preguntó Paolo.

—El mismo. Tengo una sospecha con respecto a él. Conocer su nombre me ayudaría a continuarla.

—Lo intentaré. ¿De qué sospecha se trata?

—Prefiero decírtelo cuando tengamos el nombre. No se excluye que yo pueda estar equivocado. Más que una sospecha es una corazonada.

—Y de mí, ¿qué esperas? —preguntó Paolo. Se le veía temeroso de que Giovanni le encargara algo que no fuera de su agrado.

—Algo idóneo para el observador perspicaz que tú eres —anunció el napolitano para animarlo—. Después del atardecer, ve a merodear en torno al palazzo Balzani y estudia un modo de entrar en él sin llamar la atención. No quiero que Alessandra me vea por allí. A ti no te conoce.

—¡Pero si está cerrado a cal y canto para impedir que entren vagabundos!

—Por muy cerrado que esté, un gran edificio abandonado siempre tiene un punto flaco por donde es posible entrar. Eso es lo que te pido que descubras.

—De acuerdo —dijo Paolo, algo más tranquilo, aunque no demasiado—. Veré qué puedo hacer.

—¿Irás esta tarde a las clases? —le preguntó Lena a Giovanni.

—No. Ya me he disculpado ante Amadio hasta mañana. Estaré en la habitación, pensando. Si surge alguna novedad, allí me encontraréis.

Tras probar unos bocados sin apenas prestar atención a lo que masticaba, Giovanni volvió a refugiarse en su cubil.

Releyó muchas veces todo lo relativo a los espejos de Guido Forlani. Después buscó en las restantes páginas del libro. Algunos párrafos llamaban especialmente su atención. Casi sin darse cuenta, los iba almacenando en la memoria, alimentaban sus ansias de investigación.

El espacio interior de los espejos constituye una especie de dimensión a la vez cercana y remota. Nuestro reflejo lo habita, nos vemos en él y, sin embargo, nos está vedado atravesar ese umbral que, en apariencia, se nos ofrece abierto. El espejo es imagen y es misterio. Sus reflejos son reales, podemos contemplarlos con los ojos abiertos, mas su no existencia material los asemeja a los sueños. De ahí su fascinación, de ahí los casos innumerables de hechos misteriosos que han ocurrido y ocurren ante espejos...

... Ciertos magos del pasado utilizaban espejos de diversas clases (planos, cóncavos, esféricos, múltiples...) para conseguir una alta concentración. Eso les permitía ejercer sus facultades...

... Son muchas las personas que a lo largo de los siglos han afirmado ver en los espejos cosas distintas de las que normalmente se podía esperar que reflejaran. No existe ningún otro objeto de uso común que haya dado lugar a tantas crónicas asombrosas. Por eso la tradición da a los espejos la categoría de elementos mágicos...

... Los espejos enfrentados, con su ilimitada sucesión de imágenes reflejadas, son símbolos enigmáticos de un más allá en el tiempo y en el espacio...

... Nadie como el maestro Forlani ha sabido llevar a su máxima expresión todas estas posibilidades. Por ello sus obras, sus fabulosos espejos venecianos, son piezas de un valor incalculable.

Al llegar a las últimas páginas del libro, Giovanni vio que un párrafo había sido subrayado. La tinta, aunque desvaída por los años, tenía el mismo tono gris que las iniciales de la portadilla. Parecía claro que todo era obra de la misma mano. El fragmento que había llamado la atención de la persona cuyas iniciales medio borradas figuraban en las primeras páginas decía así:

Es preciso incluir en esta obra una advertencia importante:

«Los espejos del artífice Guido Forlani pueden resultar peligrosos para el equilibrio emocional de personas poco preparadas para hacer frente a lo inexplicable. Se recomienda no tenerlos expuestos en lugares donde puedan ser vistos por gentes impresionables».

Aquel párrafo, y el hecho de que estuviera subrayado, avivó aún más la sospecha que Giovanni venía incubando.

La luz de la tarde se extinguía. Ya había examinado el libro lo bastante. Se tendió en el camastro, barajando ideas. Los acontecimientos de un siglo atrás parecían cada vez más cercanos.

En sus reflexiones estaba cuando oyó pasos precipitados en el estrecho corredor que conducía a su cuarto.

Escondió el libro tras la cortina que cubría el remedo de armario y se acercó a la puerta. Cuando iba a abrirla, llamaron con golpes rápidos.

Paolo apareció en el umbral. Su rostro estaba desenojado. Su respiración era jadeante. Como un emisario funesto, anunció:

—¡Menos mal que te he encontrado! En el palazzo está ocurriendo algo desastroso para tus planes. ¡Vamos enseguida allá; aunque me temo que ya será tarde!

MASCARADA NOCTURNA

PAOLO caminaba como alma llevada por el diablo. Giovanni tenía que correr por el pasillo para alcanzarlo.

—Pero, dime, ¿qué es lo que pasa?

Sin detenerse, atravesando el vestíbulo de la hostería. Paolo explicó a trompicones:

—¡Giorgio y otros cuatro del curso se han metido allí!

—¿Para qué? ¿Por dónde? ¡No vayas tan deprisa!

—Por lo visto, oyeron algo de lo que hablábamos, sacaron conjeturas y eso les dio la idea. ¡En mala hora!

—¿De qué idea hablas?

—De la de ir al palazzo Balzani para comunicarse con el fantasma de Beatrice. Yo acababa de llegar allí. Iba a hacer lo que me habías pedido. Entonces los he visto llegar. Llevaban cirios, sábanas, máscaras y no sé cuántas cosas más. Todo era como un juego para buscar emociones fuertes. Me han dicho que entrara con ellos, pero no he querido, claro.

Una vez comprendida la situación, Giovanni se indignó como pocas veces lo había hecho en su vida.

—¡Mal rayo los parta! Los muy imbéciles no han encontrado mejor sitio para llevar a cabo su estúpida mascarada. ¿Por dónde han entrado?

Mientras continuaban su veloz recorrido de las calles, Paolo explicó:

—Eso es lo peor. Sin miramientos ni contemplaciones, han roto los cierres de las cadenas de un portón lateral. Mañana, a la luz del día, se verá a la legua que ese paso ha sido forzado. Tendrán que volver a cerrarlo. Tal vez pongan vigilancia durante algún tiempo para que el hecho no se repita. ¡Todo eso va en contra de tus planes!

Giovanni nunca había mirado a Giorgio con buenos ojos. En aquellos momentos su aversión hacia él era máxima. Sin salvar a los que le acompañaban, le veía como culpable principal de aquella estupidez tan inoportuna y desafortunada.

—Has hecho bien viniendo a avisarme. Hay que impedir que dañen los espejos.

—Ten cuidado; van bebidos. Se han envalentonado con vino para entrar de noche en el edificio.

—Los sacaremos de allí antes de que hagan una barbaridad —aseguró Giovanni.

—Son cinco y nosotros sólo dos. No atenderán a razones.

—De todos modos, pondremos fin a su diversión ¡Son unos profanadores!

—Me parece que estás exagerando.

—Lo que más temo es que lleguen a romper los espejos. ¡Los necesito intactos!

—No se atreverán a tanto —dijo Paolo.

—Con una jauría suelta nunca se sabe.

Al llegar, vieron que no había nadie en las proximidades del palazzo. Lo que estaba ocurriendo dentro no trascendía al exterior. Los alrededores estaban tan solitarios como de costumbre. Nada llamaría la atención a un transeúnte ocasional.

Pero fijándose con atención, como Giovanni y Paolo lo hicieron, sí era posible percibir ligeros resplandores a través de alguno de los ventanales. El otro indicio revelador era aún más difícil de advertir en la penumbra: las sujeciones de las cadenas del portón lateral habían sido arrancadas.

Giovanni se disponía a entrar. La actitud silenciosa y retraída de Paolo hablaba por sí sola.

—Espérame aquí. Trataré de salvar la situación —le dijo Giovanni a su temeroso acompañante.

—No te harán ningún caso. Tienen intención de pasar aquí toda la noche, hasta el alba.

—Ya lo veremos —apuntó el napolitano, no tan seguro de sus fuerzas ni de su capacidad de convicción como aparentaba.

Empezó a empujar el portón forzado. Enseguida dejó de hacerlo, pues un rumor de voces se acercaba desde el interior del palazzo.

—Vienen hacia aquí—observó Paolo.

—Mejor me lo ponen. Así me oirán antes.

—¡Espera! Parece que van a salir.

Las voces sonaban cada vez más cerca, confusas y alteradas. Giovanni cambió de idea:

—Vayamos al callejón del fondo de la plaza; si no se dirigen allí, no nos verán.

Aquella idea agradó a Paolo. Ambos fueron a esconderse en un abrir y cerrar de ojos, y quedaron ocultos en la oscuridad. En poco tiempo, el pesado portón del palazzo se abrió y por él salieron los cinco estudiantes, de manera un tanto precipitada. Parecían huir de algo.

Una vez fuera, a juzgar por los gestos que hacían, comenzaron a intercambiarse reproches. Giorgio empujó a uno de los otros. El agredido se tambaleó y estuvo a punto de caer al suelo.

Después, como una cuadrilla vencida y humillada, los cinco fueron retirándose del palazzo. Uno de ellos quedó algo rezagado. Parecía encontrarse mal.

Giovanni quiso aprovechar la circunstancia:

—Paolo, por favor, ve a preguntarle qué ha pasado.

—¿Tú crees? —repuso Paolo, indeciso.

—Prefiero que no sepan que he venido. A ti ya te han visto antes. No les extrañará verte de nuevo.

Paolo fue al encuentro del que se había quedado atrás. Le alcanzó sin dificultad y estuvieron hablando un breve rato. Después se separaron y Paolo, dando un rodeo, volvió al callejón donde Giovanni lo aguardaba.

—¿Qué te ha dicho?

—Se les han quitado las ganas de jugar a los fantasmas. Creo que se han puesto de acuerdo para no hablar de lo sucedido. Pero se han asustado mucho. Me parece que han visto algo.

—¿Iba muy bebido?

—Me parece que no demasiado. En todo caso, no como para ver visiones a causa del vino. Si han visto algo, lo han visto de verdad. Y ha sido lo bastante impresionante como para hacerles abandonar sus planes y salir a toda prisa. No estaba bromeando. Su miedo era auténtico; podía tocarse.

Giovanni estuvo reflexionando unos momentos. Luego, dijo:

—Voy a entrar.

—¿Después de lo ocurrido? —exclamó Paolo, alarmándose como si hubiese oído una gran temeridad.

—Quizá no pueda hacerlo en muchos días. Tengo que aprovechar ahora. Me han hecho un favor renunciando.

—Pero no han renunciado por gusto, sino por temor.

—Ellos buscaban diversión. Yo, no.

—¿No te da miedo?

—Creo que sí. Por eso voy. El miedo es la frontera que hay que cruzar. Beatrice Balzani necesita que alguien llegue a su secreto. Si hay que hacerlo a través del miedo, lo haré. Paolo le miró impresionado. Aunque todo daba a entender que tenía muchas ganas de irse de allí, ofreció:

—¿Quieres que te espere?

—No sé cuánto tiempo estaré dentro.

Paolo, en silencio, dudaba. Luego, dijo:

—Esperaré un rato, por si me necesitas para algo o te vuelves atrás. Si sales pronto, aquí estaré.

—Como quieras —repuso Giovanni—. Espera un poco y luego, vete a descansar.

El napolitano cruzó la plazuela y se dirigió al portón violentado. Su ánimo estaba más encogido de lo que aparentaba. No sabía qué podía haber causado tanto pavor a los otros, pero iba a correr el riesgo de encontrárselo.

VOCES EN LA NOCHE

El portón cedió al primer esfuerzo. Giorgio y sus acompañantes apenas lo habían dejado encajado en el marco.

Una vez en la oscuridad del interior, Giovanni echó en falta algo con que alumbrarse. Estaba en una parte del palazzo que no había recorrido. Era territorio desconocido.

Se detuvo sin saber cómo orientarse. La noche era oscura. Por los ventanales entraba un resplandor que moría apenas atravesados los sucios cristales.

Al ir acostumbrando los ojos a la negrura, pudo percibir un fulgor lejano que procedía del interior del edificio. Aquella luminosidad era levemente trémula, parecía la de una llama.

Giovanni temió que los otros, en su desbandada, hubiesen provocado algún incendio. No había casi nada que pudiese arder en el palazzo, pero la reseca madera de alguna de las pocas puertas que quedaban podía haber prendido fácilmente.

Corrió temiendo por los espejos venecianos. Pronto comprobó que no se trataba de ningún incendio. Los buscadores de emociones habían abandonado allí sus cirios. La mayor parte, encendidos en el suelo; algunos estaban cerca de la cámara de los espejos; tres dentro de ella.

En el suelo empolvado había un gran desbarajuste de pisadas. No parecía que hubiesen entrado cinco allanadores, sino cincuenta.

Sobre las losas habían trazado símbolos ocultistas, zafia invocación al más allá. Giovanni esbozó una mueca de desprecio.

Como temía, también los espejos habían sido objeto de la atención de los visitantes. No obstante, no les habían causado ningún daño. Observó las figuras esotéricas que burdamente habían dibujado en la superficie de las lunas.

Tomó una de las sábanas tiradas en el suelo y se apresuró a borrar aquellos garabatos. Luego, apagó todos los cirios que consideraba innecesarios. Podían llegar hasta afuera destellos que delataran que el palazzo no estaba en la soledad acostumbrada. Sólo dejó encendidos los tres que estaban entre los espejos venecianos.

Adoptada aquella precaución, continuó frotando los cristales con la intención de dejarlos lo más brillantes que le fuera posible. Estuvo un largo rato totalmente dedicado a aquella actividad. La concentración le ayudaba a alejar aprensiones y temores.

La sugestión de los espejos parecía mucho mayor tras el abrillantado. Los tres cirios y la figura de Giovanni encontraban en ellos senderos de propagación múltiple que llegaban mucho más lejos de lo que la vista podía apreciar.

Giovanni se acordó entonces de lo que había leído, y miró si los marcos tenían las iniciales del maestro Forlani. Las encontró enseguida. En ambos figuraban la G y la F, grabadas en plata y en el lugar indicado.

Tal vez eran los últimos ejemplares del artífice veneciano que quedaban en el mundo. Se habían librado del deterioro y de la desaparición gracias a que estaban firmemente encajados en los muros.

El napolitano tenía la sensación de estar cerca de un abismo tenebroso del que nada conocía. Eso le producía una inquietud cada vez mayor. No olvidaba que Giorgio y los otros habían visto o notado algo que fue cambiando sus risas iniciales por sensaciones de pánico, hasta hacerlos escapar acobardados.

Se notaba muy tenso. Sentía en los oídos un silbido lejano. Pero no quería ni pensar en renunciar o volverse atrás. Veía en los espejos algo más que los múltiples reflejos de su cuerpo y de las llamas de los cirios. La materia de aquellos azogues mercurícos, cuya secreta composición sólo Forlani había conocido, generaba resplandores y formas que no tenían relación con lo que estaba ante las lunas. Surgían misteriosamente de los espejos.

Recordó el párrafo subrayado en el libro, en el que se advertía de lo peligrosas que podían ser las manifestaciones de los espejos Forlani para la estabilidad emocional de las personas.

Con el recuerdo de aquellas palabras, volvió a examinar los marcos. No tardó en hallar algo: en ambos figuraba otra señal, además de las iniciales de Forlani.

Era el símbolo utilizado a veces como marca de regalo nupcial: dos alianzas unidas. La fecha correspondía a la primera juventud de Beatrice. Su presencia era casi imperceptible entre las figuras talladas en la madera. Sólo alguien que específicamente las buscara podía encontrarlas. Para los demás quedarían siempre confundidas en la profusión de ornamentos de los marcos. Aquel descubrimiento confirmaba las sospechas de Giovanni.

De pronto, oyó el rumor de unas voces. Aguzó el oído. Pensó con inquietud que provenían del edificio contiguo. Volvió a pensar en Alessandra y en el hombre inerte que yacía boca abajo.

El rumor de las voces crecía. Sonaban destempladas. Pero no procedían del patio porticado, sino de la zona que daba a la plazuela.

Giovanni apagó los tres cirios. Al quedarse a oscuras en la cámara, pudo verificar una vez más que el espejo de los símbolos poseía un fulgor propio, cambiante, que desafiaba toda lógica y se reflejaba en el de las máscaras, creando así un ámbito luminoso entre ambos que confería una estremecedora rareza.

Las voces le llegaban ahora con cierta claridad. Se sustrajo de la influencia hipnótica de los espejos y caminó hacia la procedencia de los rumores.

Mientras se acercaba a las salas que daban a la fachada principal, pensó si podía tratarse de Giorgio y sus acompañantes, nuevamente armados de valor para repetir su intentona.

Pronto comprendió que no eran ellos. Las voces correspondían a gente de más edad. Estaban haciendo un alboroto considerable. Giovanni creyó haber llegado a la deducción certera: «Alguien se ha dado cuenta de que las cadenas del portón lateral han sido violentadas y ha corrido la voz. Se han llamado unos a otros. Lo ven como un acontecimiento que ha de ser aireado e investigado. En unos momentos entrarán en tromba».

Con gran contrariedad, se propuso salir cuanto antes. Aprovecharía la algarabía del exterior para no ser descubierto allí, como un solitario allanador.

Pero antes, el instinto estratégico que había desarrollado en aquellos días le hizo adoptar una medida: fue a la planta superior y, con suma precaución para no ser oído, manipuló uno de los ventanales.

Lo dejó aparentemente cerrado, pero no resistiría una presión desde fuera.

Bajó a toda prisa las escalinatas. El clamor de las voces arreciaba. Procedía de la plaza. Allí parecían estar todos congregados.

Giovanni abrió el portón lateral muy despacio. Sus esperanzas de salir sin ser visto eran escasas. No obstante, quiso intentarlo.

Fue una gran suerte que aquella salida no diera a la plaza. Gracias a ello, nadie le vio abandonar el edificio.

Pudo entornar el portón, retroceder un poco y luego volver sobre sus pasos en dirección a la plaza, como si viniera desde alguna de las callejas cercanas.

Al ver al grupo, comprendió su error. Eran unos doce hombres que no le prestaban ninguna atención al palazzo Balzani. Se trataba de un grupo de beodos en plena algazara.

Cuando le vieron aparecer, le saludaron con un coro de ruidosas carcajadas. No eran de burla; saludaban así la aparición de un nuevo partícipe en la juerga. Algunos se acercaron a él, ofreciéndole vino como invitación para que se sumara al grupo.

Giovanni lo rechazó sin brusquedad. Sólo pensaba en volver a entrar enseguida en el palazzo. Quizá pudiera hacerlo sin que ellos se dieran cuenta. La causa por la que había decidido salir del edificio era injustificada. Nada le impediría continuar su investigación de los espejos venecianos.

La impaciencia le hizo descuidarse. Se fue hacia la fachada lateral sin darse cuenta de que dos de aquellos hombres le seguían, aún decididos a convencerle de que se uniera a ellos. Les movía la tenacidad caprichosa e incansable de los ebrios.

Cuando Giovanni les vio, el desliz ya no tenía remedio. Ellos, a pesar de las nieblas del licor, habían visto en su actitud algo raro. No tardarían en descubrir que el portón estaba abierto.

El estudiante echó a correr. No quería estar ni un segundo más ante aquellos hombres; podrían reconocerle después. Confió en que no hubiesen visto su cara lo bastante.

Ellos le llamaron a voces, extrañados por su súbita escapada. Alguien, en una de las casas próximas, masculló una imprecación a través de una ventana. Entonces, por unos momentos, callaron los borrachos.

MIRADAS AL PASADO

EL profesor Amadio entró convulso en el aula. La indignación crispaba las comisuras de sus labios.

—Para mi desgracia —anunció sonoramente—, se me ha comunicado que anoche unos alumnos entraron ilícitamente en la antigua mansión Balzani. Se trata de una falta muy grave. Como ladrones, forzaron las cadenas de una de las entradas. Una conducta vergonzosa y deplorable.

Giovanni se preguntó si sólo sabía lo del grupo de Giorgio o estaba también enterado de lo suyo. Amadio se estaba dirigiendo a todo el grupo en general. Hasta aquel momento no se había detenido a mirar a nadie en concreto.

—El hecho de que un edificio esté en situación de abandono —siguió perorando Amadio—, no les autoriza a ustedes, ni a nadie, a servirse de él para celebrar en su interior memeces y necedades. No abochornaré a los infractores nombrándoles uno a uno —concedió, mirando a diestra y siniestra, y sugiriendo que podía hacerlo porque conocía sus identidades—. Ellos saben muy bien de quién estoy hablando. Con lo dicho, sobra y basta. Espero no verme obligado a referirme otra vez a asuntos de esta índole. No lo advertiré dos veces: si se reincide en tan censurables comportamientos, habrá sanciones ejemplares que pueden llegar hasta la expulsión de la universidad. En determinados casos no hay nada mejor que los escarmientos definitivos.

Amadio hizo una pausa. Parecía esperar a que sus palabras calaran totalmente en el ánimo de los estudiantes. Después, sin volver a referirse a los hechos del palazzo, inició una de sus disertaciones magistrales acerca del estudio del pasado a través de vestigios y documentos.

Sus últimas palabras, a modo de resumen, fueron:

—El cronista histórico digno de tal nombre deberá manejar siempre documentos fidedignos y auténticos. Dejará escrupulosamente a un lado todo lo que huele a falsedad, superstición, habladurías sin fundamento, deformaciones legendarias y añadidos fantasiosos. Su mente estará siempre fría y lúcida, sin dejarse arrastrar por arrebatos ni corazonadas. Podrá apasionarse en su trabajo, a veces le será incluso necesario, pero siempre considerará los hechos de manera distanciada. No olviden nunca estas exigencias fundamentales.

Giovanni se sentía parcialmente en desacuerdo con las ideas del catedrático. Sus experiencias en los últimos días le habían abierto los ojos hacia otras posibilidades.

—Abramos un debate —dijo el profesor—. ¿Quién desea tomar la palabra?

Hubo el silencio acostumbrado. Muchas veces parecía que Amadio proponía discusiones sólo para demostrar que sus teorías no admitían oposición ni diferencias de criterio.

Giovanni, cediendo a un impulso no meditado, levantó el brazo.

—Hable, Conti —indicó Amadio.

—Gracias, profesor. Sólo para decir que... —Giovanni se dio cuenta enseguida de que había cometido una imprudencia. No sabía cómo expresar su opinión sin delatarse. Aún no podía hablar con claridad de lo que estaba viviendo. No todavía—... si a veces es difícil interpretar debidamente un hecho histórico normal, mucho más ha de serlo llegar a la comprensión de acontecimientos que se produjeron por la intervención de... factores anormales.

—¿A qué factores se refiere? —inquirió el profesor.

Giovanni lamentaba haber tomado la palabra, pero no podía dejar su intervención en el aire. Como buenamente pudo, prosiguió:

—Cuando los documentos no existen o se han perdido, podemos encontrar otras vías para llegar a las fuentes de un hecho del pasado. No a través del frío análisis. que en tal caso es imposible, sino con la ayuda de la intuición y de la... implicación emotiva.

Amadio parecía incómodo y contrariado. Exigió:

—¿No puede explicarse mejor? Ponga un ejemplo que todos entendamos. Giovanni se sabía en un apuro. Claro que tenía un ejemplo; por eso estaba hablando de aquel modo. Sin

embargo, en modo alguno quería utilizarlo. No vio otra solución que la de dar una ambigua respuesta:

—El pasado es en parte misterio. Y son diversas las vías que nos pueden acercar a su esclarecimiento.

—¿Eso es todo lo que tiene que decir? —preguntó Amadio despectivamente.

—Sí, profesor—repuso Giovanni con modestia.

—Pues, de ahora en adelante evite las divagaciones fuera de lugar. Por lo que se ve, no le llevan más que a confusiones. Una cosa son los procedimientos de poetas y artistas, y otra cosa muy distinta los de los cronistas históricos. ¿Estamos?

A Giovanni le dolió la reconvencción. Sin embargo, celebró que Amadio hubiese dado la cuestión por zanjada.

Las miradas del napolitano y de Lena se encontraron. Ella le dirigió una sonrisa apenas esbozada. Paolo estaba más al fondo, con cara adormecida. Tenía los ojos puestos en Amadio. Su atención, no obstante, no se sabía dónde estaba.

El catedrático añadió algunas consideraciones acerca de los métodos de la investigación histórica y después anunció algo que resultó del mayor interés para Giovanni:

—Como es ya tradicional, las dos próximas jornadas las dedicaremos a efectuar una visita en grupo a la ciudad de Venecia. No crean que el viaje tendrá un carácter meramente recreativo; allí desarrollaremos algunas actividades de estudio. Los carruajes de la comitiva saldrán mañana a las nueve en punto de la puerta principal de la universidad. Excuso decir que no esperaremos a los que lleguen con retraso.

Giovanni comprendió enseguida que aquella circunstancia le podía ser muy favorable. Iba a disponer de dos días y dos noches de plena libertad de movimientos. Acabada la sesión, se acercó a Amadio y le dijo:

—Con su permiso, profesor.

—Dígame, Conti. ¿Quiere insistir en su desafortunada intervención de hace unos momentos?

—No, está olvidada.

—Me alegro. ¿De qué se trata, entonces?

—A causa de mi incorporación tardía y de mis dolores de cabeza, no voy muy al día en las materias del curso. He decidido, aunque me duele, renunciar a la visita a Venecia. Así aprovecharé las dos jornadas para recuperar lo perdido.

Amadio, con visible agrado, contestó:

—Apruebo su decisión, Conti. Y reconozco que me estaba formando una opinión equivocada de usted. Muchos en su lugar se sumarían al viaje sin preocuparse de nada más. De acuerdo, quédese en Padua y aproveche el tiempo al máximo. A mi regreso hablaremos de nuevo. —Gracias, profesor —sonrió el estudiante, satisfecho al ver que el ardid había resultado convincente.

Más tarde, en uno de los corredores que conducían al claustro. Giovanni dispuso de una ocasión para hablar con Lena y Paolo sin oídos indeseables alrededor.

—Creo que ya sé por qué Beatrice Balzani cayó en su extraña enfermedad del sueño.

—¿Por qué? —dijeron ambos al unísono, intercambiando una rápida mirada.

—Antes, dime, Lena, ¿has podido averiguar cómo se llamaba el tío aspirante a marido?

—Sí. Se me olvidaba decírtelo: Carlo Balzani-Ponti.

—¡Exacto, concuerda totalmente! —exclamó Giovanni con aire de triunfo—. Las iniciales del libro de los espejos parecen ser CR-P. Pero la R es una B parcialmente borrada. Fue él quien tuvo el libro en su poder, quien subrayó el párrafo que habla de la peligrosidad de los espejos Forlani, de su influencia sobre las personas sensibles.

—Y todo eso, si fuese cierto, ¿qué demostraría? —preguntó Paolo.

—El tío de Beatrice llevó los espejos al palazzo como regalo nupcial anticipado. Seguramente gastó en ellos el último dinero que le quedaba. Fue una especie de inversión. Pensaba utilizar su poder para someter la voluntad de su sobrina. Seguro que ella se resistía a unirse en matrimonio con un hombre viejo que, probablemente, le inspiraba el mayor

desagrado. Y él quiso doblegar su voluntad. Soñaba con verse como amo y señor del palazzo Balzani para el resto de sus días. Por eso la expuso a la peligrosa influencia de los Forlani. Pero el sórdido plan no dio el resultado que esperaba. Beatrice se refugió en sus desvaríos, quizá en parte fingidos, para ahuyentarlo, y no dio su brazo a torcer.

—¿Y la enfermedad del sueño que la acompañó toda la vida? —preguntó Lena.

—Quizá fue la secuela que le quedó, si no estaba en su naturaleza desde antes. En todo caso, los espejos continuaron en el palazzo y allí siguen hasta hoy. Su poder no se ha apagado. He tenido ocasión de comprobarlo. Por ellos conoceré el resto de la verdad y las causas de la desaparición de Beatrice.

—¿Tan seguro estás? —preguntó Paolo con cara de estar pensando que su impulsivo amigo se estaba forjando excesivas ilusiones.

—Tanto como puedo estarlo —replicó Giovanni, y les explicó sus andanzas nocturnas y el incidente final con los borrachos. Después añadió—: Le he dicho a Amadio que no iré a Venecia. Intentaré hacer mi tercera entrada en el palazzo. Tengo el presentimiento de que será la definitiva, la que me abrirá las puertas del pasado.

LA QUE NUNCA MURIÓ

LA expedición a Venecia constaba de tres carruajes. Giovanni Conti fue a despedirlos:

Al verle allí, el catedrático, arrugando el entrecejo, le preguntó:

—¿Ha cambiado de opinión en el último momento, Conti?

—No profesor. Vengo sólo en misión de despedida.

—¡Ah!, es de agradecer —dijo Amadio distraídamente, mientras consultaba un pesado reloj que llevaba atado al cinto—. Que la renuncia le sea provechosa.

—Así lo espero —repuso el estudiante, sin dejar traslucir sus verdaderas intenciones.

Después ayudó a colocar los equipajes sobre el techo de los vehículos, operación que realizaron los alumnos bajo la dirección de los cocheros.

Lena estaba a un lado, contemplando la escena. Giovanni se le acercó un momento. Hablaron en voz baja.

—Que tengáis buen viaje —le deseó el napolitano.

—Gracias.

—Como espero tenerlo yo.

—¿Adónde piensas ir? —le preguntó extrañada.

—Al interior de los espejos del palazzo.

Lena le miró con cara de preocupada, pero no pudo decirle nada más: la llamaban desde uno de los carruajes.

La comitiva partió poco después. El estrépito de ruedas y cascos sobre las piedras del pavimento se apagó en pocos instantes. Giovanni les vio alejarse hacia las miríficas humedades venecianas. Luego, caminando como un paseante desocupado, guió sus pasos hacia la mansión de los Balzani.

La casa de Alessandra estaba, como de costumbre, sumida en una lacónica quietud. Giovanni, dirigiéndose a la mujer, dijo para sus adentros: «No creas que he olvidado lo que vi. Mi silencio es solamente momentáneo. Una vez que haya acabado lo que tengo que hacer, sabrás de mí. Y no te gustará».

El Concejo paduano había ordenado que se volviera a clausurar el palazzo. Dos hombres estaban reparando los pequeños destrozos causados por los estudiantes. Habían traído más cadenas y argollas para convertir el portón lateral en un acceso inexpugnable.

Los dos operarios trabajaban con parsimonia. Tomándose con calma, se paraban a descansar a cada tanto, como si ya dieran por descontado que iban a estar allí todo el día.

A menudo se acercaban ciudadanos a preguntar. Los dos hombres a la vez, con gran entusiasmo, se entregaban a extensas explicaciones acerca de lo ocurrido. No olvidaban adornarlas con detalles inventados, para mejor lucimiento de la crónica.

Giovanni estimó que la situación era esperanzadora. Parecía muy improbable que tan despreocupados individuos se hubiesen dado cuenta de que uno de los ventanales de la primera planta estaba entornado. Seguro que no se molestarían en revisarlos. Se limitarían a ejecutar lo que tenían encomendado: cargar el portón de cadenas, y nada más.

El napolitano se alejó del lugar. Prefería no ser visto por allí. Era mejor que nadie pudiera vincularle con nada que tuviera que ver con el palazzo.

Se dirigió a la hostería. Quería dedicar parte del día a repasar de nuevo el libro de los espejos.

Al entrar en su cuarto, vio enseguida que algunos objetos no estaban como los había dejado. Alguien había entrado allí. Los miembros del escaso personal de la hostería nunca lo hacían. Cada cual se arreglaba la habitación a su gusto. Tenía que haber sido otro estudiante o una persona ajena al establecimiento. Cualquiera podía entrar y salir sin que nadie le preguntara adonde iba.

Parecía que habían registrado sus cosas, como si buscaran algo determinado. Giovanni pensó entonces en la carta inacabada. Se apresuró a comprobar si estaba donde la tenía escondida. La encontró, no había desaparecido.

Seguidamente quiso cerciorarse de que el libro de los espejos seguía donde lo había dejado. Miró en el hueco que servía de armario. No lo vio. Aunque estaba muy seguro de haberlo puesto allí, lo revolvió todo en busca del desaparecido volumen. Pronto acabó: no estaba en ningún sitio. Se lo habían llevado en el poco tiempo que había dedicado a despedir a sus compañeros; apenas una hora.

Giovanni había pensado que sólo Lena y Paolo sabían que tenía el libro. Ahora comprendió que alguien más estaba al corriente. Sus dos amigos no podían habérselo cogido, no tenían ninguna necesidad de hacerlo, en cualquier momento podían pedírselo y, además, no habían tenido posibilidad de entrar en el cuarto en tan poco rato. Además, ya estaban junto a los carruajes antes que él llegara a la puerta de la universidad, y allí habían permanecido hasta el momento de la partida. El autor de la sustracción tenía que ser otra persona. Pero Giovanni no acertaba a adivinar quién podía haber sabido que el libro de los espejos estaba en su poder, ni por qué se lo había llevado. A pesar de ello, se preguntó: «¿Habrán querido eliminar la prueba de que Carlo Balzani-Ponti quería valerse del poder de los espejos para doblegar la voluntad de Beatrice? Sus iniciales y el párrafo subrayado son indicios suficientes. Pero, ¿quién puede estar interesado, un siglo después, en suprimir esa evidencia?».

Se dejó caer en el desordenado camastro. Cerró los ojos. Volvió a visualizar el recóndito fulgor que habitaba en los espejos. Poco a poco, fue notando que lo envolvía. No hizo nada por evitarlo.

Bajo una capa que lo hacía irreconocible, Giovanni recorría las tenebrosas calles de Padua.

Había esperado a la medianoche para mejor asegurarse de que todo estuviera despejado. No quería testigos de su presencia por las cercanías del palazzo. El edificio de Alessandra estaba en apariencia dormido y en calma. Pero él sabía que aquello no significaba nada. Pasó ante él sin detenerse, protegido por el anonimato.

En torno al Balzani todo parecía solitario. Pero podía haber vigilantes apostados.

El portón lateral había sido cerrado con una aparatosa cantidad de cadenas y sujeciones. Por otra parte, la entrada de la fachada principal estaba, como siempre, sólidamente clausurada.

Giovanni fue hacia el fondo de la plazuela. Desde allí, amparado en la oscuridad, observó atentamente el edificio y sus alrededores. No vio nada que le obligara a desistir de sus propósitos.

Trepar hasta el ventanal manipulado no ofrecía mucho riesgo ni dificultad. Los mismos relieves ornamentales de aquella fachada principal proporcionaban los puntos de apoyo necesarios para el escaló.

Se trataba de trepar con la mayor rapidez posible, para reducir al mínimo la posibilidad de ser visto por alguien que pasara por allí casualmente.

A una señal que se dio a sí mismo, atravesó la plazuela y empezó a subir por los salientes que conducían al ventanal.

Cuando estaba a punto de abrirlo, temió encontrárselo atrancado. Llevado por aquel temor, lo empujó con más fuerza de la necesaria. No había obstáculo. Su propio impulso lo hizo caer adentro. Sin pérdida de tiempo, volvió a cerrar el ventanal.

Llevaba una provisión de velas, pero no quiso encenderlas todavía. El resplandor, visto desde fuera, delataría su presencia en el edificio.

Avanzó por la oscuridad, fiado en su sentido de la orientación. Cuando al fin encendió la primera vela, vio que los enviados del Concejo habían retirado los cirios, las sábanas y demás objetos abandonados por la camarilla de Giorgio. Sólo quedaba la enorme confusión de las pisadas en el suelo.

Dejó encendida la vela en una estancia interior y se deslizó hasta una de las galerías para observar su antigua ventana. Estaba cerrada. La cortina, sin embargo, no. Alguien, disimulado en la penumbra, podía estar acechando.

Pero Giovanni no le iba a dar señales de su presencia en el palazzo. Se había propuesto evitarlo. Fue a la cámara de los espejos. Continuaban limpios, brillantes, como los había dejado dos noches antes.

Durante un rato estuvo absorto, con la vela encendida en la mano, mirando sus profundidades. Esperaba el secreto fulgor que, según creía, no iba a tardar en manifestarse.

De pronto, recordó la carta inacabada. En especial cierto párrafo. Tenía la misma sensación inquietante descrita por el caballero.

Sus sentidos le decían que no había nadie más en la cámara de los espejos. Pero el instinto le hacía presentir que no estaba solo, que muy cerca había alguna presencia, alguien... algo.

También creyó notar una amenaza en el aire. Se volvió de improviso, escrutó cada rincón, cada sombra. No vio nada. Luego sintió que de aquella presencia invisible no emanaba amenaza, sino antigüedad, secreto, olvido, muertos ecos de la nada.

Sin darse cuenta, sus labios murmuraron con voz ahogada:

—Lo que sé que no es posible, ¿puede ocurrir aquí por obra de los espejos de Forlani?

Un hálito frío atravesó la cámara. La llama de la vela osciló hasta casi apagarse. No era una corriente de aire procedente del exterior. Fuera, la noche estaba totalmente calma.

Aquella exhalación helada no tenía un origen que él pudiera explicarse. Se estremeció.

En unos segundos, le vinieron a la memoria relatos de fantasmas y aparecidos que, lúgubramente contados por gentes que los daban por ciertos, había oído en su infancia.

El segundo hálito de aire frío fue mucho más intenso. Giovanni quiso proteger la vela con la mano. Sólo consiguió retrasar unos momentos lo que era inevitable: la llama se dobló hasta ahogarse en su misma cera licuada.

La súbita oscuridad le hizo ver una vez más en los espejos venecianos algo que tenía vida propia. Pensó que aquello había roto el equilibrio mental de Beatrice Balzani. Tuvo miedo; más que nunca.

Pero la idea de escapar ni siquiera le vino. Se había olvidado de sí mismo. Estaba renunciando a la razón sin darse cuenta.

Ya sólo esperaba un mensaje de más allá del tiempo. Todo su cuerpo temblaba intensamente. Tampoco de eso se daba cuenta. Sólo tenía ojos y sentidos para lo que estaba apareciendo en las dos lunas a la vez, con perfecta y estremecedora simetría: desde una remota distancia, una figura nebulosa se acercaba.

Antes de verla con claridad, la reconoció por el prendedor de diamantes. Era el mismo que lucía en los dos retratos de la galería de pintores paduanos. Brillaba como un conglomerado de estrellas que se fragmentan para liberar una energía prodigiosa. Beatrice Balzani, la que nunca murió, le estaba invadiendo por los ojos.

Se acercaba desde el lejano fondo de los espejos, muy despacio, con lentitud ominosa, como si nunca fuera a completarse su tránsito desde la muerte hasta el mundo de los vivos.

Cuando la figura empezó a tomar forma en el aire estancado de la cámara, el estudiante, hechizado, tendió los brazos para tocarla.

El frío se hizo entonces tan acusado que lo notó en sus entrañas. Sus piernas se doblaron. Pensó entonces en Lena. Deseó abrazarla. Ella podría devolverle al mundo de la vida. Pero la sabía lejos, en la bahía veneciana. La echó tanto de menos como si una parte de sí mismo le faltara.

La figura inmaterial de Beatrice Balzani ya había emergido por entero de los dos espejos: estaba en el aire.

Giovanni sintió una oleada de vértigos y náuseas. Cayó sobre las losas polvorientas. Respiraba con dificultad. Necesitaba más aire del que había en la cámara. Estaba ya a merced de las fuerzas del pasado. Los espejos venecianos habían capturado una nueva conciencia entre sus aguas.

EN EL TRASMUNDO

LA oleada de miedo que le había llevado a desmayarse se desdibujó a su entrada en la inconsciencia.

En su lugar adquirió paz y una forma desconocida de clarividencia. Aunque sus ojos, cerrados en un profundo sueño, no podían verla, la imagen de Beatrice continuaba en él. Estaba muy cerca de lograr lo que ansiaba. Iba a conocer un mensaje que había esperado más de un siglo para revelarse. Fúlgida e impalpable, su autora le acompañaba en aquella cámara. Desde la profundidad de la inconsciencia, tenía visión de sus lentos ademanes, de su pálido rostro de doncella ajena al castigo de los años, de la rara intensidad de su mirada. Ella se desplazó por el aire con la lentitud de un sueño eterno. Parecía saber que Giovanni la veía con los ojos del pensamiento.

Mirándole a él, Beatrice fue entrando en el espejo de las máscaras. En él desapareció, disgregándose, volviendo a la nada. Después, la luna del espejo rezumó agua clara y su revestimiento plateado empezó a derretirse.

El azogue de Forlani estaba licuándose. Se deslizaba por el interior del cristal formando lágrimas vivas de mercurio, ríos de plata.

Las flores resecas, ocultas durante más de cien años, empezaron a transparentarse.

También lo hizo el pergamino enrollado. Lo ataba una cinta que alguna vez había sido violeta, y ahora era gris azulada, casi del color intemporal del polvo.

Y, finalmente, apareció después el modesto féretro metálico, oculto tantos años en el interior del muro, como una barca varada en la oquedad de un malecón del Adriático.

Cuando Giovanni Conti volvió en sí, ya clareaba.

Su cuerpo estaba aturdido, pero no su entendimiento. Conservaba claros recuerdos de cuanto había visto en el profundo trasmundo del sueño.

La claridad de la mañana se deslizaba ya entre los espejos venecianos. No había en ellos otra luz que la del día, dócilmente reflejada. Por lo demás, estaban mudos, apagados, como tantos otros. Quizá iban a estar ya siempre así. No importaba. Giovanni ya sabía la verdad. Tan sólo le restaba comprobarla.

Fue en busca de una de las barras de afianzamiento de los ventanales. Era lo que mejor podía servir a su propósito.

Volvió ante el espejo de las máscaras. Su revestimiento de azogue estaba intacto. Pero él lo había visto licuarse y sabía que el cristal era en realidad una lápida.

De no ser por lo que había visto en el sueño, nunca se hubiera atrevido a hacer lo que hizo.

El primer golpe, demasiado cauto, no llegó ni a resquebrajar el espejo. En el segundo puso más fuerza. Sabía que estaba cumpliendo la voluntad de Beatrice. La enorme luna empezaba a quebrarse. Aestó entonces un tercer golpe: el definitivo.

La parte central del espejo cedió y se vino abajo, convertido en destellantes fragmentos.

En el hueco posterior aparecieron las flores secas. Vibraron unos momentos bajo su mirada antes de disgregarse en polvo ceniciento. El pergamino enrollado, idéntico a como lo había visto en el sueño, quedó al alcance de su mano. La misma cinta gris azulada lo ceñía en un abrazo. En su ávido afán por cogerlo, se cortó el dorso de la mano con una arista del espejo, aún no desprendida. Pero apenas sintió la incisión. No le dio importancia hasta que, al empezar a leer el pergamino, vio caer en él gotas de su sangre. Pensó que de aquel modo sería aún más íntima la comunicación que le esperaba.

La tinta desvaída del documento había resistido mal el paso del tiempo. Pero aún pudo leerlo, no sin temblor en las manos, acercándose a la claridad que entraba por galerías y ventanales.

Era el singular testamento de Beatrice Balzani.

Es mi última voluntad que nada de esto sea conocido hasta que pasen los siglos. Las señales de mi cuerpo me dicen que no voy a estar mucho tiempo más entre los vivos. Sé que mi existencia acabará en breve plazo. Es ya, pues, hora de declarar mis disposiciones finales.

Me encuentro en la extrema miseria. Con mi muerte parecería que la maldición del astrólogo se había cumplido en todos sus detalles. Me anunció, como última de los Balzani, un sepelio al que sólo asistirían, además del sepulturero, los perros vagabundos.

No será así. A los ojos del mundo, yo haré fracasar la parte final de su despiadada profecía. Nunca se sabrá que he muerto. No hasta que al menos hayan pasado las centurias.

En la creencia popular, en la imaginación de las generaciones, seré una desaparecida errante, una quimera, una mujer nunca muerta.

Porque yo disfrazaré mi fin de modo que quede ignorado. Lo convertiré en una desaparición misteriosa y legendaria, en algo que el astrólogo nunca previó.

Habré quebrantado el cumplimiento de la parte final de su maldición. Es mi única posibilidad de resistencia. Sólo así puedo hacer frente a una fatalidad en la que no quiero creer, aunque todo parezca indicar que es inexorable.

En todo caso, mi única culpa ha sido la de llevar la sangre de los Balzani. En sus actuaciones ilícitas nunca tuve parte. Cuando nació, el ocaso de la dinastía ya estaba en sus estertores finales.

Cuento con la complicidad de dos almas clementes y abnegadas, las dos mujeres beneméritas que me han seguido atendiendo en mi situación de pobreza.

Un médico de corazón compasivo y un noble artesano, descendiente de antiguos servidores de mis antepasados, completarán la obra secreta.

Yaceré secretamente tras uno de los espejos venecianos con los que fui atormentada al salir de la adolescencia y por el que murmuraba frías palabras de amor con sus resecos labios. Lo hizo el que, siendo mi tío, quería convertirse en mi marido. Le movía la ambición por hacerse con los pobres despojos de mi casa. Su proceder fue malévolo y perverso, y me causó gran daño. Mis largos períodos de sueño me salvaron, estoy segura, de peores desvaríos. Ya no le guardo rencor a Carlo Balzani-Ponti, pues hace años que murió. Que Dios se apiade de su espíritu.

Las cuatro personas conocedoras de mi secreto dejarán este mundo, cuando la hora les llegue, sin revelarlo. Tengo su solemne promesa y creo en ella firmemente.

Sé que algún día, sin romper el aura de misterio con que quiero protegerme, alguien conocerá estos hechos. A esa persona del mañana, a la que nunca he de conocer, va expresamente dirigido este testamento.

Habrá pasado tiempo. Podrá llevar a cabo ocultamente lo que ahora no sería posible hacer sin vulnerar el secreto. Le ruego y le suplico que me procure la perpetua paz en tierra sagrada. En esta hora triste y resignada, desde este presente que será pronto pasado, a esa persona generosa, desde lo más hondo de mi corazón, le doy las gracias.

Beatrice Balzani

Padua, noviembre de 1686.

Con la mano puesta en el féretro que había aparecido tras el espejo, Giovanni pronunció como un juramento estas palabras:

—Tu petición ha llegado a buenas manos, Beatrice. Pronto te cubrirá tierra santa.

Con el pergamino en su poder, se dispuso a abandonar el edificio. Antes fue a echar una ojeada a su antigua ventana.

Allí estaba Alessandra, mirando al palazzo. Y eso no era todo: tras ella, más hacia adentro de la habitación, un hombre permanecía de pie. Quedaba medio tapado y en sombra. No podía verle la cara.

La mujer movía los labios. Estaba hablando con el desconocido que la acompañaba.

Existía una conjura entre ambos. Estaban al acecho, era indudable. Giovanni no conocía el porqué ni las veladas causas.

Se retiró sin dejarse ver. Tendría que actuar de prisa y con cautela, para salvar los restos de Beatrice y su secreto.

EL TEATRO CATÓPTRICO

TOMO todas las precauciones antes de bajar a la plaza. Oteó a derecha e izquierda, y por todos los rincones de la plazuela. Tampoco descuidó las ventanas de los edificios cercanos. Esperó a que se alejaran unos mozos de cuadra que iban a su lugar de trabajo. Ni siquiera de un niño que por allí rondaba se fió: podía ser el delator más peligroso.

Llegado el momento idóneo, se deslizó fachada abajo. El ventanal quedó aparentemente cerrado.

Mientras se alejaba del lugar, adquirió conciencia de que estaba muy solo, demasiado, para llevar a cabo lo que Beatrice Balzani le pedía desde el pasado.

¿Cómo podría, sólo con sus fuerzas y recursos, efectuar un secreto traslado del féretro a un camposanto?

El tiempo apremiaba. Alessandra y su secuaz mantenían un asedio constante. Era preciso actuar antes de que descubrieran lo ocurrido.

Pensó que Lena y Paolo le ayudarían. Luego, a medida que lo fue considerando, estuvo cada vez menos seguro de que la unión de los tres bastase. Sacar el ataúd a escondidas del palazzo y darle luego tierra en lugar apropiado, sin que nadie advirtiese la maniobra, no era cosa fácil.

Había otra posibilidad, pero le ofrecía muchas dudas. Sin embargo, la ayuda de Giacomo Amadio podía resultar decisiva.

Él tendría recursos para disponer lo necesario. Pero antes sería necesario comprometerlo a guardar el secreto. Ello entrañaba riesgos. Aunque Giovanni Conti empezaba a pensar que sería inevitable correrlos.

Por razones no claras, el regreso de la comitiva de Venecia se anunció para mucho antes de lo previsto. Sin preguntarse los motivos, Giovanni agradeció aquel cambio en el programa. Cuanto antes volvieran, mejor.

Estuvo varias horas esperando. Quería hablarles enseguida. Caía una suave llovizna. El napolitano ni la notaba. Estaba absorto barajando los términos en que iba a dar cuenta de su hallazgo.

Cuando los tres carruajes hicieron su aparición ante la universidad, el ocaso del día comenzaba.

Tan pronto como Lena y Paolo pusieron pie en tierra, Giovanni se les acercó como una llama de fuego ansiando propagarse.

—Tenemos que hablar. Ahora. Y creo que será mejor que Amadio esté presente. Se trata de algo que lleva más de un siglo esperando.

Lena y Paolo se mostraron perplejos y se miraron. Antes de que pudieran reaccionar o decir algo, el profesor Amadio se les acercó.

—¿Arrepentido de haber renunciado al viaje, Conti?

—En modo alguno, profesor. Tengo que poner en su conocimiento algo de mucho interés y solicitar respetuosamente su cooperación con ciertas condiciones que espero que comprenderá.

—¿De qué está hablando, muchacho?

—De algo que urge muchísimo si queremos hacerlo en la debida forma, señor. Necesito explicarle algo enseguida. Y quiero que Lena y Paolo estén presentes.

—Mucha prisa es ésta —dijo Amadio.

—El caso la requiere, señor.

—Bien, sea. Me gusta ser receptivo a las sorpresas. Vayamos a mi casa. Allí podremos oírle cómodamente.

Giacomo Amadio vivía con la única compañía de un solícito mayordomo, ya muy entrado en años, que se bastaba para cubrir las sobrias necesidades del catedrático.

Cuando el dueño de la casa y sus tres visitantes estuvieron acomodados en el salón-biblioteca de la casa, el doméstico desapareció.

—Lo que voy a explicar —anunció Giovanni con voz tensa— es algo que he vivido. Ahora bien, no confío en que sea considerado cierto en su totalidad, sino sólo su resultado, al que podría pensarse que he llegado por intuición o por azar, sin ayuda de ningún fenómeno que se aparte de lo normal.

—Buen comienzo —aprobó Amadio arrellanándose—. El narrador debe conocer el arte de introducir sus relatos de manera sugerente. Ya nos tiene sobre ascuas. Continúe.

—A decir verdad, profesor, no era mi intención hacer una entrada sugestiva, sino predisponerlos a favor de la autenticidad de lo que voy a referir.

—Lo ha logrado. Siga.

—Muchas personas considerarían mi historia inverosímil y nunca la aceptarían como cierta.

—Nada de lo que pueda ser expresado con palabras sinceras será rechazado por nosotros. Le escuchamos.

Alentado por la favorable actitud del catedrático y por las caras expectantes de sus dos amigos, Giovanni pasó a relatar todos los pormenores de su aventura, desde el fortuito encuentro con Alessandra en la hostería Veneciana hasta los acontecimientos culminantes del palazzo. La atención de sus tres oyentes estaba totalmente captada por sus palabras.

Lena y Paolo ya conocían muchos de los detalles, pero el napolitano los incluyó en su narración porque quería que el catedrático conociera todo el desarrollo de la historia.

Fue muy emotivo el momento en que Giovanni leyó el pergamino de Beatrice. Todos lo escucharon con el ánimo en suspenso. Luego, concluyó diciendo:

—Yo la vi entrar en el espejo de las máscaras. Así me indicó que allí estaba su morada. Después, el revestimiento del espejo se derritió para mostrarme lo que escondía. Esa revelación me llegó cuando estaba inconsciente. Ella se sirvió del poder de los espejos y los sueños para enviarme su mensaje. Se acepte o no, creo que ésta es la interpretación del hecho.

Lena y Paolo se miraron furtivamente. Amadio no hizo ningún gesto que diera a entender si admitía o rechazaba la conclusión final de Giovanni. Ante el silencio de los otros, el napolitano dijo:

—Pero de lo que no cabe duda es de que debemos hacer lo que ella nos pide: trasladar bajo el mayor secreto sus restos a un camposanto y dejar que permanezca en la memoria de las gentes como la que nunca murió. Así seguirá venciendo a una forma perversa del lenguaje, la maldición, con otra mucho más noble, la leyenda. En esta oposición simbólica, Beatrice merece llevar la mejor parte.

De pronto, el catedrático salió de su silencio:

—Cuenta usted con mi ayuda, Conti. El traslado se hará como ella deseaba. Su descubrimiento es muy notable, extraordinario. Ha sabido usted llegar a las raíces del pasado. Tiene todos mis plácemes, y supongo que también los de sus compañeros aquí presentes.

—Desde luego —dijo Lena con los ojos brillantes—. Has estado fabuloso.

—Fabuloso es poco —corrigió Paolo—: sublime, por lo menos.

—No todo está resuelto y aclarado —objetó Giovanni—. Queda en pie la incógnita de Alessandra y el hombre, o los hombres, que se ocultan en su casa. Sospecho que ellos tienen poderosas razones para desbaratar la inhumación de los restos de Beatrice.

—Aclararemos cuanto antes esta parte oscura de la historia —aseguró Giacomo Amadio, quien, dirigiéndose a Lena y Paolo, añadió—: Y ahora, queridos discípulos, ya podemos proceder a la retirada del andamiaje.

—¿Andamiaje? —repitió Giovanni sin comprender la alusión del catedrático.

—Usted sabe bien, Conti, que cada vez que uno de nuestros grandes pintores decoró al fresco muros y bóvedas de templos y palacios, se erigió un entramado de andamios para que el artista pudiera llegar a lo más alto.

—Sí, lo sé, claro —repuso el napolitano, desconcertado.

—Pues bien —prosiguió Amadio con visible emoción—, felizmente ha llegado la hora en que ya podemos confesarle una pequeña verdad. Todo aconsejaba que usted no la supiera hasta el final.

—¿A qué verdad se refiere, profesor? —preguntó Giovanni sin comprender nada.

—Muchacho, usted ha logrado algo fabuloso, un prodigio de clarividencia onírica. Ha conocido en un sueño la clave de un enigma largo tiempo preservado. Después de un hecho tan admirable, cuyo mérito le pertenece por completo, espero que no se sienta decepcionado al saber que nosotros lo hemos estado ayudando un poco.

Giovanni continuaba sin saber a qué ayuda se refería el catedrático. Lena y Paolo, atentos a las palabras de Amadio, parecían también emocionados.

—Cada año someto a alguno de mis alumnos a una prueba oculta. Me gusta realizar experimentos inusuales. En cuanto supe que usted ocupaba la habitación que da al interior del palazzo Balzani, pensé que podría ser el elegido en esta ocasión. ¿En qué consistiría la prueba? ¿Cuál sería su objetivo? Estimularlo y motivarlo para que efectuara una exploración intuitiva, emocional e imaginativa del misterio de Beatrice Balzani. Aunque yo fingí no estar de acuerdo, usted lo dijo muy bien en clase el otro día: «Cuando los documentos no existen o son insuficientes, la implicación emotiva, método propio del arte, puede ayudarnos a comprender algún hecho oscuro del pasado». Pero muy pocas veces da lugar a fenómenos tan fuera de lo común como el que usted ha vivido.

Giovanni no era capaz de decir nada. Sólo parpadeaba.

—Como primera medida, yo mismo retiré el legajo Balzani del archivo histórico —explicó el profesor—. Son documentos ya muy estudiados. No iban a aportarle nada decisivo si se decidía a consultarlos. Y pensé que su ocultación sería un acicate para usted si se daba cuenta de que el legajo no estaba en su lugar. Desde el primer momento imaginé que el edificio Balzani le llamaría poderosamente la atención. Luego, supe por Lena y Paolo que se había sentido extrañamente atraído por la atmósfera del palazzo. Los cimientos estaban puestos. Entonces decidí llevar el experimento adelante. Todo empezó con la carta inacabada: la introdujimos subrepticamente en la habitación.

—El profesor la escribió de su puño y letra —dijo Paolo, muy atento a la reacción de Giovanni, como temiendo que el napolitano se sintiera decepcionado.

—Su respuesta fue formidable —prosiguió Amadio—. A partir de ahí empezó usted a arrastrarnos y a llevarnos mucho más lejos de lo que habíamos previsto. Nosotros seguimos proporcionándole estímulos hasta el asombroso final, pero usted fue siempre por delante de manera admirable. Los espejos venecianos del palazzo, por ejemplo. Yo tenía conocimiento de su existencia, pero nunca me habían llamado la atención de manera especial. Usted, con su interés hacia ellos, me abrió los ojos.

Giovanni empezaba a comprender. Pero aún estaba atónito. En su mente se mezclaban muchas preguntas. Se decidió a hacer la primera:

—¿Alessandra ha formado parte del plan?

—Desde luego. Su contribución ha sido muy importante. Hablé con ella al principio, cuando usted apenas llevaba un día en su casa.

Luego, con la introducción de la carta, le expliqué mejor nuestras intenciones.

—¿Por qué me pidió que desocupara la habitación?

—Un movimiento táctico, Conti. Necesitábamos alejarlo de allí para tener libertad de movimientos. Confiábamos en que de un modo u otro se las ingeniaría para entrar en el palazzo, aunque no viviera junto a él. La buena de Alessandra entendió sólo a medias el plan, pero aceptó colaborar. Luego, usted la puso en serios aprietos con sus astucias y sus insistencias. Ella se me lamentaba amargamente. En dos ocasiones estuvo a punto de renunciar. Por fortuna, pude persuadirla para que aguantara. Se le hizo a usted terriblemente sospechosa, ya lo sé.

—Le creía envuelta en una tenebrosa conspiración —dijo Giovanni, que tan sólo empezaba a vislumbrar la cara oculta de los hechos—. Sobre todo desde que vi a aquel hombre que parecía un cadáver.

El catedrático sonrió.

—Me hace usted poco favor describiéndome de esa manera, muchacho. Aunque, dado el momento y las circunstancias en que me vio, no puedo reprochárselo.

El napolitano quedó paralizado en su butaca.

—¿Era usted?

—Sí. Estábamos preparando algo que luego no ha resultado necesario. Desde la ventana, yo dirigía un simulacro de aparición espectral que Lena, caracterizada como Beatrice, hacía en el patio, junto a las estatuas. Era una especie de ensayo. Después, ese efecto quedó descartado. Todo se centró en los espejos. Pero lo cierto es que Usted me cogió de improviso aquella noche. Alessandra me previno por un respiradero. Estaba siempre muy atenta a todo, y muy nerviosa. Había visto que usted entraba furtivamente. Entonces no se me ocurrió otra cosa que tenderme boca abajo en el colchón y cubrirme con la sábana. Me pareció demasiado grotesco esconderme en el armario. Y tuve suerte: logré que usted se marchara sin darse cuenta de que era yo. Como ve, Conti, aquel cadáver sigue vivo y coleando: aquí me tiene.

—¿Estaba usted también esta mañana en la habitación, con Alessandra?

—Sí, hijo. Tratábamos de ver si ya había vuelto en sí después de su desvanecimiento en la cámara de los espejos.

—Entonces, lo del viaje a Venecia...

—La partida de los tres carruajes fue un simulacro necesario —dijo Lena, escogiendo las palabras con cuidado para que Giovanni no se enojara al conocer el engaño—. No pasamos de las afueras de Padua.

—Y el regreso, lo mismo —explicó Paolo, animado al ver que Giovanni no parecía tomarse a mal lo que estaba oyendo—. Volvíamos de un viaje de tan sólo unos minutos.

La memoria de Giovanni buscaba sin cesar muchos aspectos que aún tendrían que ser aclarados. Preguntó entonces:

—La sustracción del libro de los espejos, ¿también formó parte de la trama?

—El posadero lo retiró de su cuarto a petición mía —declaró el catedrático.

—¿Había sido colocado antes en la biblioteca para que yo lo encontrara allí?

—No. Fue un hallazgo inesperado, fruto de su voluntad indagadora, Conti. Nunca había visto ese librito. Ni siquiera conocía su existencia.

—¿Por qué, entonces, le pidió al posadero que lo sustrajera?

—Sabíamos que le estaba influyendo mucho a usted. Se había convertido en un elemento importante. Necesitábamos conocer su contenido con detalle para no quedar a ciegas. Nosotros estábamos trabajando para usted en la sombra. Le suministrábamos estímulos, incitaciones, datos. No podíamos desconocer la aportación del libro a la trama.

—En él obtuve la confirmación de que los espejos de Forlani poseen un poder muy especial.

—Para nosotros también fue revelador, aunque la tesis central del libro es en parte falsa. Esos espejos no tienen ninguna propiedad sobrenatural. Provocan difracciones al reflejarse mutuamente. De ahí esos fulgores extraños.

—Profesor, disiento —opuso Giovanni con firmeza—. Yo puedo dar fe de que...

—Déjeme explicarle, muchacho. Ese libro le permitió hacer el primer descubrimiento: la odiosa actuación de Carlo Balzani-Ponti, el tío aspirante a marido. Ahora bien, en las afirmaciones del texto hay exageraciones interesadas. Esa obrita fue publicada anónimamente por un consorcio de anticuarios que tenían en su poder varios lotes de espejos Forlani para la venta. Atribuyéndoles cualidades prodigiosas, pretendían hacer subir su cotización y despertar el interés de ricos coleccionistas de objetos extraordinarios. He investigado el asunto. Mis conclusiones son sólidas y exactas.

—Pero, profesor, mis ojos no me engañaron. Creía haberlo explicado con claridad —porfió Giovanni—. No sólo vi fulgores en los espejos, sino también formas y figuras que no tenían explicación natural, hasta que se produjo la inaudita aparición de Beatrice.

—Lo que vieron sus ojos, Conti, fueron difracciones y efectos catóptricos. perfectamente explicables con ayuda de las leyes de la óptica.

—¿Efectos... catóptricos?

—Tampoco dimanan de ningún poder misterioso. Los espejos del palazzo están hábilmente trucados, como muchos Forlani lo estuvieron. De ahí su fama. Un refinado sistema de lentes camuflado en los muros los comunican con un cuarto que está encima, en la planta superior. Desde allí pueden crearse imágenes y luces supuestamente inexplicables e incluso

producir la ilusión de que salen volúmenes o figuras de los espejos. Ésta fue la obra secreta de Carlo Balzani-Ponti. El truco con el que quiso adueñarse de la voluntad de Beatrice, disfrazándolo como regalo de petición de mano. Debió de contar con algún cómplice entre la servidumbre del momento, claro. El dispositivo había permanecido ignorado desde entonces. Y, al atraer nuestra atención hacia esos espejos, fue usted, Conti, quien nos llevó a descubrir lo que son en realidad. Después no nos resultó difícil servirnos del teatro catóptrico. Con sus sorprendentes efectos le preparamos los impulsos finales. Y ahora le descubriré un detalle que tal vez le agradará: la Beatrice que usted vio surgir del fondo de los espejos era la imagen de su compañera Lena, aquí presente, caracterizada como la última Balzani. Como recordará, no olvidamos el prendedor de diamantes; conseguimos uno parecido, para que la semejanza con los retratos de Beatrice fuera lo mayor posible.

Giacomo Amadio se detuvo un momento y observó la expresión de perplejidad de Giovanni. Luego, solemnemente dijo estas palabras:

—Pero después le dejamos solo. Cuando en su sueño se obró el milagro de la revelación, nosotros ya no estábamos allí. Su sensibilidad y sus deseos de saber la verdad hicieron posible el fenómeno. Nosotros le ayudamos, pero lo decisivo lo logró usted solo, y justo es reconocerlo y ensalzarlo.

Giovanni se había sentido decepcionado al principio, al darse cuenta de que su creencia en un prodigio sobrenatural obrado por Beatrice Balzani carecía de fundamento. Pero, poco a poco, le ganaba la idea de que la explicación verdadera no hacía menos extraordinario lo ocurrido, sino acaso más aún.

El catedrático lo expresó así:

—Los hilos de lo tangible y lo intangible se han unido en su mano. Atravesó el miedo y lo dejó atrás. Aceptó todos los riesgos del desafío. La clarividencia onírica ha sido su gran recompensa. La tenía merecida.

—Quedan algunos detalles por aclarar —dijo Lena.

—Sí, es verdad —confirmó el profesor—. Hacedlo vosotros. Os corresponde por derecho. Habéis sido los participantes más notables, sin desmerecer al resto de alumnos del curso.

Giovanni se alarmó:

—¿También los otros estaban enterados?

—Todos hemos tenido parte en el experimento — dijo Paolo—. Incluso tu poco estimado Giorgio.

Giovanni hizo una clara mueca de desprecio y exclamó:

—¡El y los otros estuvieron a punto de estropearlo todo!

—Espera —pidió Lena, conciliadora—. Lo de la invasión nocturna con cirios y sábanas también formaba parte de la trama.

—Se nos planteaba un problema —explicó Paolo—: necesitamos entrar y salir del palazzo para preparar y ensayar la manipulación catóptrica.

—¿Cómo entrabais?

—Por una pequeña puerta de comunicación que hay en la planta baja de la casa de Alessandra. Había estado cerrada durante muchos años, pero, a instancias del profesor, la abrió para nosotros. Lo del acceso lo teníamos resuelto. No así lo de las huellas. ¿Cómo movernos por el edificio sin dejar pisadas que te pusieran sobre aviso? La entrada de Giorgio y los otros eliminó esa dificultad. El suelo de las estancias se convirtió en un desbarajuste de marcas. Unas cuantas más no se iban a notar. Esa fue la razón del allanamiento nocturno.

—Bien, muchachos —terció Amadio—, tiempo habrá para comentarios. Ahora se impone mover ciertos hilos para asegurarle un lugar de reposo eterno a Beatrice, tan secreto como el actual, pero más adecuado. Yo me encargaré de los preparativos. Todo se hará bajo el mayor sigilo. Sólo divulgaremos lo de la conducta perversa de Carlo Balzani-Ponti y la curiosidad catóptrica de los espejos venecianos. El otro secreto quedará para siempre en nosotros. Hemos jurado respetarlo mientras vivamos. Todos.

Lena, Paolo y Giovanni se despidieron del profesor y abandonaron la casa. Al poco rato de ir caminando por las calles de Padua, Paolo, pretextando cansancio, se despidió:

—Me voy a dormir. Me está haciendo falta. Hasta mañana.

Lena y Giovanni siguieron andando en silencio hasta que ella se decidió a hablar:

—Las corrientes de aire frío fueron idea de Paolo. Como es un poco miedoso, sabe de estas cosas. Utilizamos los conductos de unos viejos respiraderos y unos fuelles que él trajo.

—Fue un efecto muy logrado —dijo Giovanni, recordando el fuerte impacto.

—Supongo que estás muy indignado conmigo, ¿verdad? Yo era quien estaba más cerca de ti, quien más directamente te engañaba. Lo siento, era la misión que tenía asignada.

—No lo sientas. Ha sido formidable. No estoy nada enfadado.

—¿De veras?

—Sí. ¿Quieres que te lo demuestre?

—¿Cómo lo harás?

—Así.

Y la convenció sin emplear ni una palabra.

EPÍLOGO

EN lo más denso de una de las noches siguientes, una furtiva comitiva condujo el féretro de Beatrice Balzani a la quietud de un humilde camposanto de la llanura veneciana, cerca de Padua.

Fue inhumada bajo el nombre figurado de Leonora Adami. Gracias a la influencia del catedrático, y por tratarse de restos antiguos, las demás diligencias se obviaron.

También en una vasija sellada, descendió a la tierra el pergamino encontrado tras el espejo. Acompañaba a aquel documento un escrito de Giovanni Conti en el que se daba cuenta de todo lo ocurrido. Gracias a ambos textos ha sido posible hoy componer la narración que tienes en las manos. Ha pasado el tiempo suficiente para que la historia de Beatrice pueda ser divulgada. En esta época se comprenderá cómo «La que nunca murió» fue capaz de basar su grandeza en su debilidad. Para ratificarlo, nada mejor que las palabras que acaban la crónica de los acontecimientos del napolitano:

La maldición del astrólogo no surtió ningún efecto. Era corriente en la época que ciertas personas tendieran a ensañarse con sus enemistades, por afrentas o perjuicios, proclamando maldiciones a los cuatro vientos. Sólo eran palabras, nada más. Formas pervertidas del uso del lenguaje.

La mayor parte de ellas, al no cumplirse, fueron olvidadas. Alguna, como la que pesó sobre los Balzani, parecieron cumplirse en todo o en parte. No fue así, claro. Todo se redujo a una coincidencia entre lo que en ellas se auguraba y los hechos posteriores. Pero esas maldiciones aparentemente certeras cobraron prestigio y resonancia.

La de los Balzani fue una de las que parecieron alcanzar más íntegro cumplimiento. Pero los hijos de la razón sabemos que las causas de la decadencia de aquella dinastía de banqueros fueron ajenas a toda fatalidad esotérica. Llegaron demasiado lejos en sus abusos y rapacerías. Su propio castillo de usuras y saqueos encubiertos se desplomó sobre ellos.

Con Beatrice se secó el río de la sangre Balzani. Pero en ella, considerada como persona individual, hubo mucho de admirable. Dotada de esa resistencia interior que sólo ciertas mujeres poseen, venció al astrólogo en la triste confrontación final y conquistó un lugar en la leyenda.

Las circunstancias han querido que yo sea su embajador en el mundo de los vivos. Considero que esta misión me ha ennoblecido. Y me siento afortunado por haber descubierto la verdad de este episodio de la lucha humana por la dignidad.

Padua, marzo de 1792.

Giovanni Conti volvió a ocupar enseguida la habitación desalojada. Dejó de ver a Alessandra como un personaje lleno de retorcidas intenciones. Entre ambos se estableció una amistosa convivencia y ella declaró después no haber tenido nunca un huésped tan gentil.

Algunas noches, sin decírselo a nadie, Giovanni volvía a entrar en el palazzo como la primera vez, por la cornisa.

Le gustaba deambular a oscuras por sus salas. Imaginariamente, dialogaba con Beatrice Balzani. Era un juego de vivencia literaria. En ningún momento dejó de considerarlo así. Mas no por ello dejó de disfrutarlo.

El espejo roto fue reparado y en apariencia quedó como antes, para que nadie en el futuro atara cabos y sospechara la verdad.

Se hicieron varias demostraciones de las ilusiones catóptricas, en sesiones reservadas a profesores de la universidad y luego, los Forlani volvieron a su olvido secular.

No obstante, los espejos continuaron resultándole muy sugerentes a Giovanni. Algunos de sus coloquios imaginarios con Beatrice los celebró precisamente ante ellos.

Todos, incluso Giorgio, hicieron honor al compromiso adquirido. El secreto quedó a salvo y Beatrice continuó siendo la que nunca murió.

Lena y Giovanni estuvieron muy unidos durante el resto del curso. Después, con la llegada del verano, él volvió a Nápoles y sus vidas siguieron caminos separados. Sin embargo, nunca llegaron a olvidarse. Era muy hermoso lo que habían compartido, y su huella fue perdurable.

Por lo que sabemos, Conti alcanzó fama como historiador y cronista, y cultivó también el arte del relato. Siempre conservó con orgullo el diploma de mención honorífica que le entregó Giacomo Amadio.

Junto a la firma del catedrático, invisible, figuraba la de Beatrice Balzani.

FIN